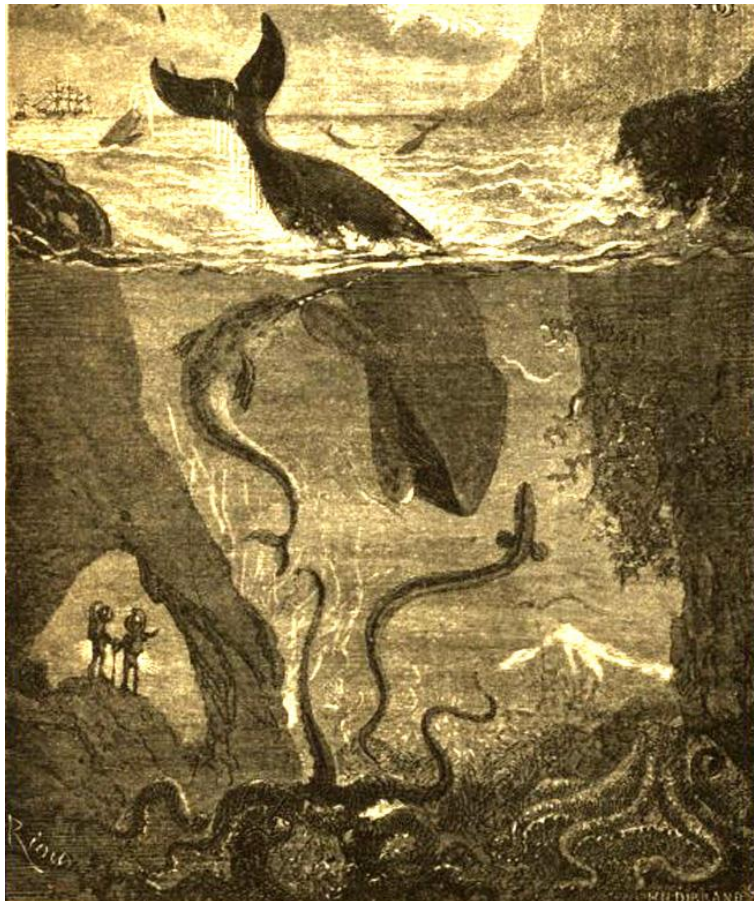


ISMAEL

BAJO LA PIEL DEL AGUA

Inmersión argumental para un posible guión de largometraje.

Idea original de
JUAN GARCÍA LARRONDO



PRINCIPALES PERSONAJES

(Por orden de intervención)

CRISTÓBAL,
capitán tercero del “Virgen de Zahara”.
LA MADRE
ISMAEL, el hijo
LUCIA, la hija
ROSA, la novia de Paco
JUAQUI, amigo de Ismael.
ENRIQUE, calafatero
VICENTE EL DE BARBATE, almadrabetero
FERNANDO HUIDOBRO, patrón
Y sus DOS HOMBRES JAPONESES DE CONFIANZA.
VERÓNICA HUIDOBRO, novia de Ismael.
TOKUGASHI, empresario japonés.
EL CAPITÁN SEGUNDO
ALMADRABEROS VARIOS
GUARDIA CIVILES
TURISTAS
Y el espíritu de PACO, el hermano muerto.

Conil, Zahara o cualquier otro pueblo pesquero del sur de Cádiz en las décadas finales del siglo XX. La acción arranca una mañana de finales de abril, de cielo azul y viento racheado de levante. En el cementerio se celebra el funeral por un joven marinero muerto. No hay muchos asistentes: el núcleo familiar formado por la madre y el padre, destrozados, la hermana y un hermano menores, la novia, pocos amigos, pocos compañeros de trabajo, el cura, el patrón o capataz de la cofradía de pescadores a la que pertenecía el enterrado -escortado por algunos de sus hombres de confianza (dos de ellos de etnia nipona)- y, en un segundo plano, el azul del Atlántico rizado por la espuma del viento como “mar de fondo”. Mientras la cámara nos va mostrando las caras de los personajes, oímos **la voz en off de Ismael**, que hace el intento de depositar algunas flores sobre el féretro de su hermano pero que, sin embargo, al tratar de hacerlo, parece cambiar de opinión y se queda con las flores agarradas en su mano temblorosa...

VOZ ISMAEL OFF:

Esta no es una historia sobre el valor de la vida o sobre el vacío que deja la muerte tras de sí. Es la historia de un perdón que no se pidió ni se dio nunca. Y bastaría, a veces, una flor para perdonar toda la maldad del Mundo. Más que eso, esta es una historia sobre

las palabras y sobre los silencios. (Primer plano súbito de un submarinista que se ahoga y grita desesperado algo que no entendemos en el fondo del mar, luego continúa la anterior secuencia). *Hoy nadie escucha a nadie. No comprendemos lo que oímos, ni los sonidos que salen de nuestra boca poseen valor alguno si quien los oye no quiere o es incapaz de descifrarlos. Dicen que a veces las palabras se las lleva el viento. Yo sé que otras son absorbidas por el agua...Igual que si fuesen lágrimas. Ocurre sólo a veces. Los días que estás bajo el mar y sientes que el océano no te quiere. Entonces, ya ni las lágrimas ni las palabras sirven casi nunca para nada...*

+

Mientras tanto, vemos cómo los empleados del osario introducen el féretro en el nicho y se suceden las escenas de dolor: primeros planos de los protagonistas, rostros desgarrados pero, a su vez, también miradas de reojo y odio callado entre el padre y el grupo del patrón, el capitán segundo y sus hombres. La novia del fallecido también parece mirar con reproche a estos últimos personajes, aunque sin ningún tipo de disimulo. De hecho, una vez concluido el sepelio, la muchacha se acerca al patrón, se quita las gafas oscuras para dejar ver sus ojos enrojecidos por el llanto, escupe ante él con soberbia y se marcha sin mirar atrás. Momentos de gran tensión que se acentúan cuando el patrón y su grupo se acercan al padre para darle el pésame y éste parece que les va a negar la mano (o incluso que la va a usar para golpearles), pero acaba aceptándola con sumisión ante la atenta mirada de su otro hijo que, sin que sepamos aún por qué, reniega del gesto de su padre y huye también del cementerio con las flores en la mano y seguido por las miradas atónitas de los asistentes.

Nadie se mueve. La madre aúlla sin poder evitar el llanto. Se sucede el triste desfile de la cabezada y los personajes van lentamente desapareciendo.

Ismael, el hermano menor del muerto, con la cara descajada por una mezcla de tristeza y de ira, se siente perdido y al llegar a la puerta del camposanto no sabe a dónde dirigirse. Enciende el móvil. Oímos el sonido de que está comunicando y volvemos a escuchar su voz en off.

VOZ ISMAEL OFF:

Las palabras no sirven para nada si ya nadie las escucha. Verónica. ¿Dónde estás cuando te necesito? (Plano súbito de Ismael haciendo el amor con Verónica, su novia. Luego la secuencia anterior continúa). *Verónica...*

Cuelga, bastante apenado. Desde su posición aún ve la silueta de Rosa, novia del hermano, alejarse calle abajo en dirección al pueblo, pero él gira su mirada hacia el océano y vemos a lo lejos elevarse frente al mar un faro coronando un hermoso acantilado. Huele las flores...

VOZ ISMAEL OFF:

OFF: Esta es la historia de un perdón que no pedí y que tampoco recibiré ya nunca.

+

Una vez en casa, Ismael está sentado sobre su cama en el que debía de ser el cuarto que compartía con el hermano. Media luz. Sobre un aparador, las flores del cementerio metidas en un pequeño jarrón con agua. Recorre con los ojos varias fotografías, en momentos felices: alguna instantánea les debe reflejar a ambos vestidos de buzo con un par de grandes meros colgando de sus manos como trofeos. Revisa algunas viejísimas ediciones de sus libros emblemáticos, garabateados por dibujitos de niños: “La Ilíada”, “20.000 leguas de viaje submarino”, “El corazón de las tinieblas”... De fondo se oyen los rosarios y los murmullos de la estancia contigua en la que está la familia recibiendo las últimas visitas del duelo. Ismael se levanta con decisión. Se quita la ropa de luto, rebusca tras una cortina donde almacena algunas de sus cosas y sale de la habitación cargado con una de las fotos, las flores, sus aparejos de submarinismo y los de su hermano en dirección al salón donde están los dolientes. Al acceder, entra también por la puerta de la calle su novia, Verónica, que es bastante atractiva y elegante, casi un punto atrevida. De hecho el contraste al entrar debe ser muy evidente entre los que están allí de luto (la madre, otras mujeres vestidas de forma sencilla) y ella (peinado rubio muy moderno, pulseras, estampados, bolso de diseño, etc...). Los dos jóvenes se miran. Verónica, con cara de circunstancias, pero de forma natural, se acerca a la madre y la besa, intenta hacer lo mismo con el padre, pero éste se levanta algo brusco y dándole la espalda sale de la sala. Aún así, la chica saluda a los demás y se sienta al lado de la madre, observada silenciosamente por Ismael. Silencio tenso. En ese instante, para añadir más leña al fuego, el móvil de Verónica suena de forma impertinente y con una musiquilla festiva. Todos se espantan, incluso ella, que se levanta pidiendo perdón y contesta a la llamada, poniéndose la mano en la boca para no molestar (aunque sin conseguirlo, claro). Los demás se miran renegando. La chica se excusa y dice a su interlocutor que ahora no puede hablar, mientras ve cómo Ismael atraviesa la sala donde está la familia como una centella, sin decir nada. La madre al verle con las cosas de pesca, le increpa para que no se sumerja ni haga más locuras, que no quiere perder a otro hijo de la misma forma. Aún así, Ismael sale al patio en dirección a la calle, ahí se encuentra con su padre, con gesto serio, que está echando de beber o de comer a las decenas de canarios que se reparten en otras tantas jaulas colgadas de las paredes del patio. El padre al verle y oír cómo la esposa llora baja los ojos y es incapaz de decir nada. El hijo hace lo propio y continúa hacia la calle. El padre se gira, abre uno de los muebles para coger algo (en su interior vemos un par de escopetas, municiones y los enseres propios de un cazador). En un espejo vemos

también en su rostro como le brillan unas lágrimas reprimidas y un odio acallado sobre la comisura de los labios. También vemos por el espejo cómo sale Verónica precipitadamente por la puerta en busca de Ismael, colgando el móvil. La joven y el anciano se miran por un instante, muy serios los dos, pero la chica sigue su camino como pasando de hablar nada con él y sale con prisas a la calle.

Allí se encuentra con Ismael, que está cargando de bastante mal humor sus enseres sobre la moto.

- *¿Se puede saber dónde estabas?*- Acaba diciendo Ismael, bastante dolido, al ver llegar a su novia.

- *No me echas encima tú también la bronca, ¿vale?*- Se defiende ella, encendiendo un cigarro, apoyándose en el portal y mirando de reojo al padre.- *Te dije que tenía que recoger a Tokugashi al aeropuerto y el avión ha llegado con retraso, ¿qué querías que hiciera?. ¿Dejarle allí?*

- *¿Qué pasa? ¿Es que los japoneses no entierran a sus muertos.*- Aduce él, con ironía.- *Era el entierro de mi hermano, Vero. Seguro que podría haber ido cualquier otro a recoger a ese Tokugashi o como coño quiera que se llame...*

- *Bueno, lo único que me faltaba es que te pusieras así... ¿Quieres que me arrodille y te pida perdón? ¿Eso quieres?* – Estalla ella, poniéndose de morros.- *Pero mira la pinta que traigo, si ni siquiera me ha dado tiempo de pasar por casa para cambiarme. ¿No ves que me he venido directamente?... ¡Menuda vergüenza cuando he entrado a saludar a tu madre!*

Ismael siente haberle echado en cara nada a su novia y se vuelve para abrazarla, más necesitado él de comprensión que ella. Verónica se siente culpable y le abraza, también enternecida. Le pide disculpas.

- *¿Y ahora dónde vas con todo eso?*- Inquire ella.- *¿No puedes esperar a mañana para sumergirte?*- Reprocha.

- *Tengo que hacer una cosa...*- Excusa con torpeza- *¿Comemos luego juntos?*

- *No puedo.*- Lamenta ella consultando el reloj con prisas.- *Tengo que llevar a Tokugashi a comer y luego es la reunión con mi padre. Si acabo pronto te llamo...*

Ismael asiente, sin otra opción, pero vemos que está bastante hundido. En ese instante sale también la hermana, que le pregunta que qué va a hacer y él le responde que eso es sólo asunto suyo. Pero lo que verdaderamente quiere la hermana es que le devuelva a tiempo la moto por que la necesita para irse al trabajo. Ismael la tranquiliza con cierto resentimiento: “*tranquila, que vendré a*

tiempo para que puedas ir a limpiarle las mierdas a esos alemanes”, le responde. *“Entre japoneses y alemanes esto parece la ONU”*. Acto seguido arranca y se aleja del pueblo en dirección a los acantilados. Verónica le mira, renegando, hace intento de volver a entrar en la casa, al llegar al patio, ve a Cristóbal entre sus pájaros, sentado en una mesa y limpiando una de las escopetas. La chica se le queda mirando, con desconfianza...

- Cristóbal, dígale a Lucía que voy con prisas y que no me paro... Que la llamaré a la noche, ¿vale?

El viejo ni siquiera le contesta.

- Aunque no me crea, yo siento mucho todo lo que ha pasado y...

Silencio. Verónica frunce el ceño y se marcha también sin despedirse.

+

VOZ ISMAEL OFF:

A veces no hacen falta palabras para pedir perdón y hace falta mucho más valor para darlo. Todos los nombres son solo palabras: Verónica... Tokugashi... Paco... Solo palabras... Paco...

...Hola hermano. He vuelto a traerte algunas cosas...

+

Primera hora de la tarde. Ismael aparca el ciclomotor cerca de la orilla de una cala, se coloca los aparejos de buceo y, casi ritualmente, carga con la fotografía enmarcada, los libros, las flores, las aletas, el tubo y las gafas de buzo del hermano y se mete lentamente en el agua como si se tratase de una nueva jornada de pesca submarina. Es algo que ha hecho muchas veces con su hermano en aquel mismo lugar y parece que con su acto quiera rendirle un homenaje póstumo. El chico se sumerge y se adentra cargado con su exequia hacia las cuevas más profundas del rompiente: justo donde tantas y tantas veces ambos habían capturado enormes meros y otras criaturas marinas. Al menos desde que él podía tener memoria: a la sazón, casi toda su vida de treintañero enamorado del mar y sus profundidades.

VOZ ISMAEL OFF:

Decían de mi hermano Paco y de mí que éramos seres prácticamente anfíbios, salados y aerodinámicos por haber pasado gran parte de nuestras vidas sumergidos entre corales y las rocas de océano. Quizás tengan parte de razón. Nuestra sangre es salada, como el mar, como la gente de mar, como la sangre de nuestros padres y de nuestros abuelos, que nacieron ya con el oficio aprendido de navegar esta costa donde practicamos el arte de la almadraba, dicen que desde tiempos de los fenicios. Cristóbal, mi padre, es el capitán tercero

del “Virgen de Zahara” y mi hermano Paco tendría que haber sido el siguiente. Aunque lo que de verdad a los dos nos gustaba no era instalar redes para continuar pescando con artes ancestrales, sino sentirnos libres buceando como pececillos junto al resto de las criaturas submarinas que encontrábamos o arponeaban para sacarnos unos dineros extras. Es verdad: el mar es, era y será siempre para nosotros una segunda casa. Lo que para el resto de los mortales significa respirar con los pies sobre la tierra, para Paco y para mí era como estar de paso en otra especie de planeta.

Por eso quiere dejar ahora los útiles más significativos del hermano en el fondo submarino por que, de alguna manera, era allí donde tenía sentido que estuvieran. Ahora está solo allí debajo y siente un enorme frío. Mientras bucea podemos oír en off algunas de sus reflexiones o algunas de las frases escritas en estas secuencias...

+

Ismael se impulsa ágilmente con las aletas y baja justo hacia donde el terreno conforma un escalón que se asoma a los inicios del abismo. Algunas bandas de peces se apartan espantadas ante el avance del muchacho, provocando súbitos destellos plateados, pero otras apenas le esquivan y se quedan merodeando a una prudente distancia del intruso intrigadas por saber a qué especie pertenece y qué intenciones alberga. El océano posee un azul aún más intenso que el del cielo que todo lo engloba a varios metros por encima de su espalda, pero la visión es extraordinaria en aquella zona del litoral. Ismael dosifica el aire en sus pulmones y se ubica encima de los restos de un solitario pecio hundido sabría Dios desde hacía cuántos siglos. Se queda inmóvil con las cosas del hermano pendientes de sus dedos. Del tubo apenas se elevan un grupo de diminutas burbujas de aire. Deposita con ternura las gafas, las aletas y el tubo del hermano sobre el fondo, luego coloca unas piedras para sujetar entre ellas la fotografía junto con las flores que no quiso dejar en el camposanto. Deja los libros, que se abren mostrando grabados antiguos de criaturas monstruosas y se queda luego con la mirada fija en el índigo infinito.



Pero justo cuando va a iniciar la subida a la superficie, le parece ver una enorme sombra pasar a sus espaldas. La impresión dura sólo unos segundos, suficientes para girar instintivamente la cabeza y recibir un leve impacto de algo que pasa sobre él a toda velocidad. Al principio, más conmocionado por el susto que por el leve impacto, Ismael no puede averiguar qué demonios es aquello que acaba de atacarle. Se recompone las gafas sobre el rostro y busca al ser por todas partes hasta encontrarle: se trata de un delfín, bastante grande, que de nuevo viene agitándose hacia él con esa gracia tan característica de su especie, aunque sin albergar en apariencias turbias intenciones. Pese a todo, Ismael se dispone a salir huyendo hacia la superficie por si la situación empieza a ponerse peligrosa -con este tipo de animales nunca se sabe- pero se queda un instante inmóvil a ver qué ocurre y atónito contempla cómo el delfín se sitúa frente a él igual de quieto y flotante, casi como si le mirara fijamente o quisiera decirle cualquier cosa. Ismael no da crédito. El delfín, finalmente, se yergue sobre su cola y deja ver una extraña señal que posee en la parte baja y más clara de su lomo, bajo las aletas dorsales, semejante a una especie de estrella color rojizo.

El encuentro apenas se prolonga unos segundos. Ismael inicia la subida lentamente y llega a la superficie ligeramente contrariado. Toma aire y vuelve a meter la cabeza para comprobar si aún puede ver al delfín parado sobre el fondo, pero no consigue ver ya nada. Bracea sin prisas en dirección a las rocas de la orilla y al llegar a tierra firme se duele del entumecimiento de los miembros. Se deshace del traje de neopreno y deja que el sol vuelva a darle calor a su corteza humana. En la vida había visto muchas cosas bajo el mar: orcas, calderones, pulpos e, incluso, algunas criaturas probablemente desconocidas para los manuales de zoología submarina, pero el comportamiento de aquel delfín le acaba de dejar absorto. En ese instante, a pocos metros de la orilla, el delfín emerge desde el fondo y se eleva dando un

salto prodigioso. Cuando vuelve a sumergirse, la cara de Ismael no sale de su asombro.

VOZ IMAEL OFF:

¿Has visto eso hermano? Mira cómo es rara y maravillosa la naturaleza... ¿No dices nada? Di al menos una palabra... una sola palabra...

Sonríe, nervioso y, por un instante, se gira para compartir con el hermano aquel momento sin duda extraordinario pero, al caer en la cuenta de su ausencia, continúa riendo hasta confundir la risa de su soledad en un salado y lastimoso llanto.

+

Sobremesa. Verónica está reunida con su padre, Vicente Huidobro, patrón, Tokugashi (empresario japonés de los buques factoría), y otros japoneses y españoles (También el capitán segundo, y algunas chicas que bien podrían ser de compañía, aunque de alto nivel). Todos van muy elegantes y charlan afablemente en el interior de la cafetería de un hotel de lujo, a pié de playa. Verónica hace de traductora y por lo que hablan parece que acaban de cerrar un nuevo negocio, en efecto, muy beneficioso para todos. Cuentan algunos chistes horribles que la chica traduce o critican al camarero u otra cosa que les haga gracia pero que sea cruel en el fondo. Tokugashi es un hombre maduro, muy atractivo, y está claro que se siente atraído por Verónica. Sus manos pueden coincidir con las de ella y llegar a rozarlas al coger un vaso o un paquete de tabaco o algo por el estilo. El padre de la chica, lejos de reprobárselo, incita a la hija a que acompañe a tomar una copa a su anfitrión a algún sitio más tranquilo. Verónica colabora más por compromiso que por estar encantada con la idea, aunque actúa con discreción. Obviamente, es muy posible que Verónica y el nipón ya se hayan conocido en una ocasión anterior, pues se miran con recíproca atracción. En ese instante suena el móvil de Verónica. La chica lo coge con una mueca de desagrado, comprueba quién es y cuelga a continuación, volviendo a retomar su sonrisa. Tokugashi la increpa con simpatía y en un castellano bastante pobre “¿Algún problema?”. “En absoluto”, contesta ella en japonés, invitándole acto seguido a elegir un sitio para continuar la charla en un lugar más íntimo ante el beneplácito del patrón y del resto de los presentes.

+

Atardece. La luz del Sol dora las paredes del faro y se ríela como un largo collar de perlas derramado sobre la piel del agua. Cerca de la orilla hay un típico chiringuito / pub de playa que ahora aparece prácticamente vacío. A

un lado, en torno al billar, un grupo de jóvenes echa una partida. En la barra, un par de chicas, una de ellas es Rosa, la novia del marinero muerto, que ahoga sus penas ante una copa bien cargada. En otro lado de la barra está Ismael, que acaba de hacer una llamada y cuelga el móvil con cara de circunstancias. La chica y él se miran. Ismael arquea las cejas. No ha habido necesidad de palabras para que los dos chicos se entiendan. Uno de los jóvenes se le acerca, es Juaqui, su más íntimo amigo (le vimos también en el funeral). Juaqui posee aspecto de macarra pero con posibles, de hecho, se gana la vida traficando hachis en la costa y siempre está sobrado de dinero. Juaqui le pasa el canuto que estaba fumando. “¿Todavía no ha venido la Vero?”. Ismael da un par de caladas y reniega: “Tenía reunión con el nuevo equipo de japoneses y debe haberse retrasado”. Justifica, haciendo de tripas corazón. Ambos amigos se miran con sospechas de que no sea esa la verdad, pero no dicen nada. Le devuelve el canuto como queriendo dar por concluida la conversación y se aparta del billar hasta acercarse a la barra donde le espera Rosa con una triste sonrisa. Entre ellos debe verse que hay una muy buena relación. “Te han vuelto a dar plantón, ¿no?-. Bromea Rosa, pero sin malas intenciones... Le abre los brazos y ambos jóvenes se abrazan. Los ojos de Rosa están rojos de lágrimas. Ismael mira hacia las maletas que están a los pies de Rosa. “Tú sí que me das plantón. ¿De verdad no hay manera de convencerte para que no te vayas? La chica niega aludiendo que ya no le queda nada que hacer allí. “Estoy yo”, amonesta el joven. Rosa reprime un llanto. Es una mujer muy bella, pero ahora nos parecerá bastante hundida. Saca fuerzas y le explica a Ismael lo mucho que odia aquel maldito pueblo, que lo único que le interesaba era su amor hacia Paco (el hermano de Ismael), pero “le mataron esos hijos de puta.” acusa llena de impotencia.

“Fue un accidente”, farfulla Ismael, no demasiado convencido. Pero Rosa no da su brazo a torcer y le explica que su hermano le había dicho que tenía intención de denunciar a la Junta de Andalucía lo que estaba pasando en la cofradía, que el patrón se había aliado con otros empresarios japoneses más poderosos que los anteriores y que pensaba reducir la plantilla a la mitad para contratar mano de obra barata e ilegal para la próxima salida de las almadrabas. Le intenta convencer de que el difunto Paco sabía los tejemanejes que se urdían entre el patrón, el capitán segundo y los japoneses, y que lo habrían matado los hombres del patrón para impedir que se diera de la lengua a la Junta. “Murió por accidente, Rosa, ¿por qué te empeñas...?”, insiste Ismael. “¿También tú?”, se queja Rosa, “Hay mil maneras de ahogar a un hombre cuando está bajo el agua, y tú lo sabes. Le mataron. Me lo mataron. Y si no me crees, pregúntale a tu padre”

- ¿A mi padre?- Pero la pregunta se queda sin respuesta...

...Por que en ese instante llega Verónica, siempre con prisas y con su característica y exótica elegancia, que se dirige directamente hacia su novio con

cara de no haber roto nunca un plato... Seguida por las miradas de los parroquianos del bar.

- *O al padre de tu novia y a sus amiguitos japoneses... O a tu novia, directamente, que está todo el día con ellos, así que algo sabrá, ¿no?*- Insiste Rosa, señalando con una forzada sonrisa hacia la puerta y susurrando con prisas antes de que Verónica llegue hasta donde ellos se encuentran...- *¡Abre los ojos, Ismael!*

- *Ya sé que siempre digo lo mismo, corazón, pero perdona el retraso... Irrumpe Verónica, besando efusivamente a Ismael y ¿algo más alegre de la cuenta? Ya he visto tus llamadas, pero es que la reunión se ha alargado mucho y he tenido que desconectar el móvil...*

La chica da dos besos a Rosa, que pone falsamente las mejillas. *Entonces es verdad que te vas al bar ese de Sevilla, ¿no?* – Pregunta Verónica también al ver las maletas y lo cierto es que sin lamentarlo.- *Chica, lo que te haga falta ya sabes que puedes contar conmigo...*

Rosa mira con tanta repugnancia a Verónica que, si no llega a ser por la “ni que pintada” intromisión de Juaqui, casi se podría haber formado. Juaqui se incorpora a la conversación. “Bueno, ¿qué? ¿Vas a bajar mañana a revisar las redes?”, interroga al amigo. “Claro” –contesta Ismael- “Era el trabajo de mi hermano y sigue siendo el mío. Tiene que estar todo listo para cuando lleguen los atunes”.

- *Voy un momento al servicio...*- Anuncia Rosa claramente incómoda. Para su sorpresa, Verónica decide acompañarla: *Te acompaño, chica, que estoy que reviento.* Rosa, casi petrificada, no es capaz de reaccionar y se marcha hacia el baño seguida de Verónica, que no para de hablar y de mostrarse casi impertinentemente contenta.

Juaqui aprovecha la ausencia de las chicas y le ofrece al amigo dejar ese trabajo. Está claro que los japoneses acabarán quedándose con el negocio. Están despidiendo a los más viejos y pronto le llegará el turno a Cristóbal, el capitán tercero. Juaqui le propone que se vaya con él a la playa esa noche a recoger un cargamento de hachis considerable, pues es dinero seguro y fácil, pero Ismael lo rechaza amablemente. Prefiere ganar su sueldo de otra forma. Tiene pensado ahorrar un poco, comprar un pequeño barco y salir a enseñar cetáceos a los turistas por las aguas del estrecho. Juaqui le reprocha su idealismo, bromeando, pero Ismael se defiende: “Mi hermano tenía un sueño: era el de poder ganarnos todos la vida como siempre se ha hecho en este pueblo, pescando atunes y controlando desde el pueblo las capturas, sin intermediarios y sin esquilmar los bancos, para exportarlas luego a precios razonables y organizándose en cooperativas para obtener mayores beneficios como hacían ya en otros sitios del Levante”.

“Tu hermano tenía muchos sueños, pero se le quedaron abogados en la garganta”, gime con angustia Rosa al volver del baño e incorporarse a la conversación. Verónica se coloca junto a Ismael, enciende un cigarro y pone cara de circunstancias. Pide una copa larga en la barra. Rosa sigue en sus trece e insiste en seguir hablando. En todo caso, ella no le culpa. Sabe que en aquel pueblo hay una casta que lo controla todo y que todo el mundo lo sabe, pero nadie hablará nunca, por que nadie quiere perder la miseria de sueldo que les pagan y se tragan su dignidad por el más ínfimo de los porcentajes.

- *Oye Rosa, córtate un poco, ¿no? Que estás hablando de mi padre y de mi trabajo.-* Intercede algo tocada Verónica.- *Cualquiera diría al escucharte que se trabaja como en la Edad Media... Si no fuera por la inversión extranjera, el negocio de la almadraba ya haría tiempo que habría desaparecido.*

- *“La pesca del atún tiene los días contados”,* intercede Juaqui, para evitar que se líe. Allí lo que queda es hacerse un buen “negocio” e invertir en inmobiliarias para vender a los alemanes o a los ingleses que son los que traen la pasta y las latas de atún inmaduro mezclado con carne de delfines compradas en los mercados japoneses mucho más baratas y sin opción a competencia. *¡El futuro son los surferos y las inmobiliarias! ¡Droga, chiringuitos y adosados en la playa, cojones! A ver si os vais enterando...*

+

Una vez roto el hielo, Rosa se despide con lástima. Abraza con fuerza a Ismael y le ruega que cuide mucho de su padre, y que no se venga abajo. *“Llámame para lo que necesites, ¿me oyes? Y llámame también si al final decides lo del barco, que te recuerdo que aunque me vaya a poner copas yo sigo siendo bióloga”,* añade antes de irse, mientras le da al chico unos papeles que había dejado su hermano en su casa: *“Son cosas tuyas. La ropa y lo demás se lo he dado a tu madre, pero creo que estas cosas eres tú quién debería de quedárselas. Ahí hay información sobre todo lo que te he estado comentando antes. Léelo. Hay papeles que le habían enviado de la Junta para lo de la cooperativa, números de teléfono y algunas notas. Ya sabes cómo era”.* Ismael toma todo aquel material, bajo la atentísima y molesta mirada de Verónica y le da un sentido abrazo a Rosa, que se despide de todos y se marcha.

- *¿Y esos papeles?* - Interroga llena de curiosidad Verónica.

- *Cosas de mi hermano, ya oíste a Rosa.-* Responde el novio, consultando la carpeta.

- *No creo que debas seguir removiendo nada. Déjamelos si quieres que me los lleve a la oficina, que allí está el asesor y ya vemos para qué sirven, ¿no?* – Se muestra en exceso la chica interesada tratando de cogerlos.

- *No te molestes, Vero. Que con lo que tienes ya tienes bastante...* Se excusa con ingenuidad el chico, dándole la mano y mirando de reojo los papeles. Descubre entre ellos algunas notas que le hacen sonreír al evocar al hermano muerto. De repente suena la música de una de las máquinas recreativas, o ve algún cartel o sale en la televisión la imagen de un delfín y se queda mirándolo pensativo, recordando el episodio ocurrido la mañana anterior. Vuelve de su ensoñación y retoma por un instante su lectura. Está decidido a continuar con aquellas tareas por que creía antes de la muerte del hermano en ellas y por que debe hacerlo en su memoria.

- *No os vais a creer lo que me ha pasado esta mañana con un delfín mientras estaba debajo del agua...* - Sonríe Ismael, antes de relatarles a su novia y a sus amigos su aventura acuática.

- *Bueno, a mí luego me lo cuentas....*- Interrumpe Verónica, levantándose.- *Tengo el tiempo justo para ducharme y arreglarme, que esta noche tenemos cena y juerga flamenca...* Aduce, con cara de empezar a estar harta de la visita japonesa. Besa a Ismael.- *Lo mismo llego tarde, por que vamos a cenar en Cádiz...*

- *No te preocupes, dormiré en casa de mi madre.*- Avisa el chico, comprensivo.- *Llámame de todas formas...*

Verónica asiente y sale. Juaqui mira a su amigo como dándose cuenta de algo que el otro aún no percibe o no quiere ver. Le da una palmada y le insta... *Bueno, cuéntame a mí lo que te ha pasado esta mañana con el delfín ese...* Bromea, mientras comienza a liarse un canuto.

+

VOZ ISMAEL OFF:

Entre tantos cables, ondas, teléfonos, libros, cartas, radios, televisiones, correos electrónicos... entre tanta conversación, tanta palabra dicha, escrita o simplemente imaginada, hay un silencio aún más absoluto que el silencio, un vacío aún más vacío y más profundo. Quise pedir perdón toda mi vida, pero jamás abrí la boca. Quise oír de sus labios un perdón, pero no entendí las palabras que salieron de su lengua. Quise hablar, quise escuchar, quise gritar cuando ya fue demasiado tarde y me había vuelto sordomudo. ¿De qué me sirven ahora las palabras que nunca pronuncié?

Amar y no saber decirlo es, para quien necesita oír su corazón latiendo, una pérdida de tiempo. Y yo siempre llego tarde a todo. Mi corazón siempre ha sido el último en saber que una parte de él había nacido muerta.



Mientras oímos la voz de Ismael en OFF, a través de la ventana vemos languidecer la tarde y la luz del faro iluminar intermitente la incipiente noche. También vemos pasar por la ventana a Enrique, el marinero que aparecía en el funeral de la primera secuencia. El hombre localiza a Ismael en el interior (sin que el joven le vea). Parece como si quisiera decirle algo, pero acaba pasando de largo. Ismael despide sin mucha atención a los amigos y se queda prácticamente a solas y a oscuras en el bar, totalmente concentrado en la lectura de los papeles. Advertimos en su rostro la sorpresa por la información que había recopilado su hermano. Cansado, consulta su reloj y cae en la cuenta entonces de que llega tarde a alguna cita. Recoge los documentos y sale del local a toda prisa.

+

Le vemos llegar en moto a una hilera de apartamentos adosados todos iguales. Salen y entran parejas o grupos de extranjeros, visiblemente alegres. Ismael espera en la calle la llegada de su hermana, que sale de uno de los apartamentos después de haber pasado la jornada limpiando. Sin necesidad de decir nada, apreciamos en su mirada de reproche que a Ismael no le gusta nada que su hermana trabaje de esa forma. La chica se monta en la moto y se aleja con el hermano por la calle. Desde una de las ventanas de los apartamentos vemos como un hombre (de claro aspecto nórdico) mira a la chica con visible interés.

+

Noche. Los chicos llegan a casa. Ismael da un beso a su madre que, tras preguntarle si no va a dormir esa noche en casa de Verónica, le pregunta con preocupación por esos papeles que lleva. Cosas del trabajo, contesta el muchacho, mientras guarda los papeles en su cuarto, le dice que va a dormir allí esa noche y pregunta luego por el padre. La madre le indica con tristeza

que está donde siempre, en la tasca, bebiendo más de la cuenta. Ismael hace intento de salir, pero la madre le llama y le pide que se acerque un momento a ella. En voz baja, muy amarga, le suplica que no se meta en líos. Le hace prometer que no removerá ni tratará de cambiar las cosas, que no ponga a su padre en un compromiso. En fin, a su manera le rogará que no haga lo mismo que el hermano, que no quiere perder otro hijo, que las cosas siempre han sido de esa forma y nada ni nadie podrá jamás cambiarla. Debemos entenderla, debemos incluso comprenderla y darle su parte de razón al escucharla. Ismael la tranquiliza, pero ambos saben que sus advertencias y sus promesas son en vano.

Ismael sale de la casa a la vez que su hermana, que se marcha arreglada con algunas amigas. El chico también se ha arreglado un poco. Vemos como se acerca a una tasca típicamente marinera.

+

Poca luz en el interior del bar. Peces disecados, caparazones de tortuga, redes, ambiente marinero, amarillento, antiguo... En las mesas charlan algunos hombres, tomando vino, echando partidas de dominó... Gente humilde, la mayoría padres de familia, cincuentones, rudos y con las pieles arrugadas del mar y del salitre. Suena de fondo algún flamenco bajito y rancio. Ismael entra en el bar y localiza a su padre tras una cortina de humo, sentado en un velador con otros compañeros –entre ellos el capitán segundo- de la tripulación. Miradas algo serias y circunspectas. En otra mesa aparte está Enrique manejando unos aparejos. Ismael le sonríe y el marinero es el único que le saluda alegremente, pero Ismael pasa de largo y acaba sentándose junto a su padre. Debe notarse algo de tensión entre los dos, aunque también se vea que el hijo respeta sobremanera la figura paterna.

¿Ha dicho algo ya el patrón de cuándo empezamos?, pregunta Ismael para romper el hielo.

“A finales de abril. Como siempre”.- Contesta el padre. El ambiente parece relajarse, aunque no del todo. Ismael cuenta que entre él y su hermano prácticamente habían dejado colocadas ya todas las redes, los cables, los perros y las boyas, pero que quizás necesite ayuda para dejarlo todo listo antes de la primera “levantá”, y que quiere hablar de eso con el patrón. Igual ya están entrando atunes por las riberas. *“¿De eso nada más?”*- Inquieta con ironía el capitán segundo- *“¿O también vas a darle la murga al patrón con esas tonterías de la cooperativa, igual que hacía tu hermano?... Que en paz descanse”*, concluye algo cínico, reprimiéndose. Cristóbal lo mira con desprecio, parece querer decirle que respete la memoria del hijo muerto, pero se limita a dar un golpe con el puño sobre la mesa. Ismael tercia: *“¿Qué hay de malo en eso? Mi hermano tenía razón, y tú lo sabes”*...

-Tu hermano lo que tenía es la lengua muy larga, por eso...

“¡Basta ya!”- Estalla Cristóbal.

El segundo se encrespa y se levanta. Parece que va a liarse. Los ánimos están muy caldeados. Los demás parroquianos miran con expectación la escena, especialmente Enrique. *“No quiero que nadie juegue con el pan de mis hijos, Cristóbal, así que no me toques más los huevos...”*- Amenaza entonces con coraje Vicente el de Barbate, para proseguir... *“Toda la vida de Dios hemos pescado el atún de esta manera y toda la vida de Dios se lo han llevado los japoneses. Y aquí nadie quiere que cambien las cosas”*.

Ismael insiste: *“¿Y si mañana se acaban los atunes? ¿Qué harás entonces? Y si vais todos al paro, ¿quién va a mirar después por vuestros intereses y por tus hijos? ¿Creéis que va a haber trabajo para todos en los hoteles? ¿Eso es lo que queréis que hagan vuestros hijos y vuestras hijas? ¿Trabajar de botones y de limpiadoras para los alemanes? Escuchadme. Antes de morir, mi hermano estaba pensando en convocar una asamblea: reunir a los patronos con nosotros y con el sindicato... Sólo por comprobar cuáles son sus intenciones y asegurarnos nuestro porvenir... ¿Qué mal hay en ello?”*

“Tiene razón”.- Grita alguien anónimo.

“Dile a tu hijo que tenga cuidado con lo que dice, que aquí las corrientes son muy malas, Cristóbal, y tú lo sabes mejor que nadie. Por que como siga así, no vas a tener macho a quien dejar lo que te quede de herencia” - Amenaza el segundo, largándose a otra parte del bar acompañado de otros que opinan como él de la misma forma.

Cristóbal enfila a su hijo con desesperación, pero el chico no entiende por qué debe callarse y mira a su alrededor buscando apoyo, pero al verse solos los presentes bajan las cabezas como si no quisieran saber nada, excepto Enrique, que asiente no sabemos si para secundarle o si para reprocharle su conducta.

En ese momento entra el patrón, con sus dos inseparables secuaces japoneses, todos mejor vestidos que el resto de los personajes.

“¿Qué es lo que pasa, hombre?” – Inquire el patrón en tono paternal y conciliatorio – *“No quiero peleas. Y menos a pocos días de la levantá, ¿está claro?”*

El patrón se sienta con sus rémoras, con el segundo y el camarero les atiende algo sumiso. Los japoneses bromean con el camarero y se meten con él a sus espaldas por que está gordo. Ismael saca agallas y le pide charlar con él unos instantes, a lo que el patrón acepta de muy buen grado, invitándole a compartir su mesa *“si ya somos casi familia”*. Cristóbal se hunde lleno de temor y se encoge en su velador tapándose la cara con las manos. Ismael, algo tímido

al principio, pero poco a poco envalentonándose, le expone al patrón sus dudas sobre el sistema que están llevando a cabo hasta el momento para la captura y la explotación del pescado. Según su opinión y la de los técnicos de la Junta que le han informado a él y a su hermano, les sería mucho más rentable monopolizar ellos mismos todo el proceso hasta simplificarlos y no precisar de capitales de fuera de España. El patrón le atiende con mucha atención, aunque no sabemos si con cinismo o riéndose de él en el fondo. “*Sí, creo que tu hermano, que en paz descanse, me habló algo de eso*”. Contesta, mirando fugazmente a Cristóbal. Ismael se anima y le explica que si se redujera el número de barcos de la flota y el número de las capturas, en un corto plazo aumentarían los ejemplares de los bancos. “*No sabía que tu chiquillo fuera ecologista, Cristóbal*” – Grita con guasa el patrón mirando de nuevo a los ojos del tercero. Aún así, Ismael no se amilana y trata de convencerle de que si el sistema de explotación fuera más artesanal y se procuraran medios para hacerlo todo desde el mismo pueblo, los beneficios serían mayores y directos para quienes los trabajaran y no tendrían necesidad de intermediarios ni de vender a tan bajo precio a las flotas de italianos y japoneses para que especulen luego con las capturas en los mercados. De todas formas, había pensando convocar una asamblea informativa y consultar la opinión de todos los trabajadores, incluso de otras tripulaciones...

Al ver al joven tan entusiasmado, el patrón mira de reojo a su segundo y empieza a mudar la chanza de su rostro por una mueca de incipiente enfado. Cuando el chico acaba, sonrío, casi queriendo ocultar su sorpresa. No sabe realmente qué decir ni qué alegar ante sus argumentos. Finalmente termina dándole la razón, pero sin entusiasmo. “*El mundo real es más complicado que las películas, chaval*” – Resume el mandamás – “*Ojalá fuese posible, aunque dicen que soñar no cuesta nada, ¿verdad?*” Ismael asiente, se siente tratado como un tonto, ninguneado sin recibir respuesta. “*Ahora que tu hermano ha muerto tienes que ser más responsable, dejarte de asambleitas y cuidar de tu padre, que no está ya para más sustos*”.- Aconseja lúgubrementemente el patrón procurando que todos, y especialmente Cristóbal, le oigan.- “*Piensa en cómo cuidar de tu madre y en que ahora les va a hacer falta más que nunca un buen sueldo. Que está la cosa muy mala, a tu padre le quedan dos temporadas para jubilarse, si es que cualquier desgracia no se lo lleva antes, y vamos a ver si este año llenamos aunque sea un cuarto de las redes*”. – Sentencia, para justo después levantarse seguido de sus hombres de confianza e iniciar la salida. Pero antes, con disimulo, se acerca a Ismael y le advierte algo en voz baja: “*Mira, Ismael, que te folles a mi hija es una cosa que me la suda, pero que me quieras joder a mi también es otra muy distinta, ¿está claro? Si quieres trabajar para mi ha de ser como yo diga y punto, y si no, aire, ¿entiendes? Tú sigue pasándote, que el primero en ir a la puta calle vas a ser tú, se ponga Verónica cómo se ponga. ¡¿Será por buzos?! Si uno falla, o se muere o quiere más dinero, se llama al paro y me mandan a siete pringaos como tú, así que no me toques los cojones, que con tu hermano ya teníamos bastante...*” Añade, sonriente, mientras le pellizca con sarcasmo en la mejilla e Ismael le esquiva con impotencia y asco. El patrón se marcha, no sin pasar antes junto a

Cristóbal y posarle con fingida amabilidad la mano un par de veces por el hombro. Enrique parece haberse percatado también de la amenaza. Ismael mira a todos lados, pero todos le dan la espalda, incluso su propio padre.

El joven no da crédito a lo que está pasando y viendo que nadie le dirige la palabra, se va hacia la barra y le pide al camarero una copa larga. Se la bebe de un solo trago y al levantar la mirada, repara en una serie de fotografías antiguas en las que se ven almadraberos de otras épocas, con los atunes, en plenos “copos”... hasta que sus ojos se detienen en una imagen o una figurita de un delfín. Decidido, apura de un trago el contenido del vaso, paga y sale del local dando un portazo. Enrique tiene la intención de levantarse y salir tras el joven, pero en ese momento su mirada se cruza con la de Vicente y se queda paralizado en el asiento. Vicente le observa con desconfianza, sospechando algo. Luego sonríe con ironía y comenta algo en voz baja al oído de su compañero de mesa. Parece estar claro que le está hablando de Enrique, quien, procurando controlar sus nervios, sigue empatando anzuelos o centrado en sus labores con los bártulos de pesca. Pero quien parece haberse quedado completamente petrificado es Cristóbal, que aprieta silenciosamente los puños contra la mesa y posa la mirada en el vacío.

+

Noche fría, de Luna casi oculta y estrellas titilantes. Ismael vaga de un lado a otro sin saber qué hacer. Finalmente aparca la moto en un descampado y camina entre los cañaverales hasta llegar a un lugar que sólo él y su amigo el Juaqui conocen. El Juaqui está escondido en el interior de un coche, muy cerca de la orilla. Suena el mar. Ismael entra en el coche, donde el Juaqui está con un par de tipos esperando a que llegue la hora señalada para iniciar el intercambio. El Juaqui se sorprende de verle, pero no con exceso, pues debe ser algo habitual y se supone que son amigos de absoluta confianza. Cuando Ismael entra, el Juaqui echa a los otros dos del coche, que se quejan del frío que van a pasar, pero el Juaqui insiste y se acaban largando del automóvil.

No te habrá seguido nadie, ¿no, hijo puta?- Interroga medio en bromas medio el serio el Juaqui. Ismael niega, silencioso. El Juaqui empieza a liarse un canuto (u otra cosa). *Vaya careto, tío* – Continúa- *No has quedao hoy con la Vero? ¡La ostia! No se me va de la cabeza tu hermano Paco, pero la vida sigue, Isma, y hay que echarle huevos.*

Juaqui le informa sobre la calidad de los fardos que espera recoger a medianoche procedentes directamente de Marruecos y vuelve a invitarle a dedicarse con él al tráfico, que es dinero seguro, incluso le propone ir a medias en el trabajo si en lugar de hacer intercambios en tierra lo hacen utilizando sus artes de buceo, pero Ismael vuelve a negarse y ambos chicos entran en una conversación profunda sobre las mujeres, la vida, la muerte y el futuro que a todos les espera. Ismael se lamenta de la poca unidad que hay entre los trabajadores, del caciquismo que demuestran los patronos y de lo mucho que

está cambiando el pueblo. Cada vez más “colocados”, los chavales siguen charlando en el coche y riendo de vez en cuando con sus cosas. Fuera, los otros muchachos tiritan de frío. En el interior, entre risas, la bebida y los canutos, los dos amigos están absolutamente distraídos con su amena charla... Tío, ¿te acuerdas aquel año cuando tu madre entró en el cuarto de la azotea y nos pilló haciéndonos una paja con la revista porno? –Risas- ¡Qué mal rollo, colega! Ismael le contesta sin poder contener la risa: *Acabábamos de hacer la comunión, tío.*

Yo creo que desde entonces me quedé traumatizado por el susto y no he vuelto a disfrutar de una buena paja como Dios manda...-Apostilla el Juaqui, para provocar más carcajadas- ¡Ya están ahí tío, quédate en el coche!

Juaqui ha visto la luz de las linternas que provienen desde la playa y sale disparado del automóvil. Con sigilo y al amparo de la luz nocturna avanzan hasta la orilla pero cuando menos se lo esperan, los focos de los coches de la benemérita se encienden rodeándolos y un grupo de guardias civiles con las armas fuera les dan el alto. Gritos, puede que algún disparo en la oscuridad y a lo lejos el ruido de una zodiac que acelera a pocos metros de la playa y que se marcha. Ismael lo contempla todo desde el coche, sin dar crédito ni saber a qué atenerse. Hasta que tras el cristal recibe la luz directa de una linterna y la voz de uno de los agentes que le increpa para que salga con las manos levantadas del interior del coche.

+

Secuencia Onírica 1: *Ismael dormita en el interior de una celda de la comisaría o del cuartel de la Guardia Civil. Contrapicado directo desde el techo. El chico duerme mal, suda, se encoge en sí mismo. Mientras la cámara se eleva, vemos cómo el suelo de la celda se empieza a llenar de agua rápidamente, cada vez más y más hasta sobrepasar la altura de la cama, mojar las sábanas y despertar bruscamente al chico, que grita (no oímos sus gritos, sólo sus respiración cada vez más angustiada y el rumor del agua). El agua sube de nivel a gran velocidad. Todas las cosas flotan. La pequeña estancia se llena de agua. La cámara sigue subiendo y descubrimos que el techo es una reja a la que Ismael se aferra desesperadamente, queriendo romper. Sigue gritando. El agua sigue subiendo, supera los barrotes y acaba por inundar toda la celda. La cámara sigue subiendo a la par que las últimas burbujas de aire que exhala el chico y que surgen de entre los hierros del techo. Los barrotes se convierten en la trama de una inmensa red que queda atrás, en el fondo, mientras todo se torna azul marino.*

Ismael despierta sobresaltado y empapado de sudor. Todo ha sido un sueño. Uno de los guardias repite su nombre desde el otro lado de la puerta de la celda invitándole a abandonarla.

+

Esa mañana Ismael sale del cuartelillo de la Guardia Civil con unos papeles en la mano. Le espera su padre en la puerta, cariacontecido y muerto de vergüenza ante la gente que les mira, les señala y hacen comentarios a su paso. A su lado, que no con él, está también Verónica, con idéntica mueca de no poder entender nada. Ismael la mira y baja la cabeza, con cara de no haber dormido. Lo primero que hace es tratar de hacerle entender a su padre las circunstancias reales en que se produjo la detención y que el sargento le ha dejado en libertad sin cargos hasta que se celebre el juicio, gracias a que su amigo el Juaqui le exculpó durante los interrogatorios, pero Cristóbal le contradice y le insta a que le dé las gracias a Verónica, pues es gracias a ella y al abogado de la empresa por lo que le han podido sacar antes y no por que su amigo haya hecho nada. De todas formas, lo que más parece afectarle no es la verdad, si no lo que pueda pensar la gente y en cómo repercutirá eso a su buen nombre. De hecho, cuando llega un momento, Cristóbal se gira hacia su hijo y sin mediar palabra le abofetea en plena calle. Ismael se queda sin palabras, sumido en una tristeza inmensa. Cuando alza la mirada su padre ha desaparecido y tiene alrededor a un grupo de gente que le mira con reproche.

+

VOZ ISMAEL OFF:

Prefiero el mar, prefiero el lenguaje flotante del silencio submarino, las corrientes invisibles, cargadas de emociones, de partículas de vida, de sentimientos imposibles de ser descritos... Prefiero el abismo, la música acuática inaudible para el oído humano... Prefiero el mundo afónico del océano, el susurro ensordecedor del mar de leva. Prefiero tu amor callado a una sola palabra tuya, que no me sana, que no me ayuda, que no me escucha... que no me ama.

+

- Bueno, ¿no vas a decir nada?- Explota al final la chica.- ¿Te parece normal todo esto? ¿No hemos tenido bastante ya con lo de tu hermano para que ahora también tú quieras matarnos a todos de un disgusto? ¿Te imaginas la vergüenza que he pasado en la oficina cuando se ha enterado todo el mundo? ¡Enhorabuena, Ismael! ¡Ya te has convertido en tu hermano Paco!

Ismael se detiene en ese momento y mira a su novia por primera vez como si no la conociera. Apenas se atreve a abrir la boca, pero al final acaba preguntando...

- Verónica, ¿tú me amas?

La chica se queda petrificada, pero acaba poniéndose aún más furiosa.

- ¿A qué viene eso? ¿Ves lo que pasa por meterse tanta droga o por estar más tiempo de la cuenta bajo el agua? Que uno no crece, que se queda atontado como si fuese un niño chico y lo único que hace es decir tonterías... ¿te has visto la cara que tienes?

- Creo que voy a vomitar...

- Esto tiene que cambiar, Ismael.- Se lamenta.- Yo no puedo estar todo el día defendiéndote o dando la cara por ti, ¿entiendes? Una cosa es que tengas tus ideas y otra bien distinta es que quieras imponerlas por la fuerza. Te estás pasando con tus críticas contra los japoneses, y te recuerdo que es mi padre quien te paga a ti, a tu padre y quien pagaba a tu hermano, y yo...

Ismael se ha quedado algunos pasos atrás de la chica, alucinado y sin poder dar crédito a lo que oye. Justo en ese momento le sobreviene una arqueada y vomita. Verónica se gira y lo ve. Pone cara de asco y se gira a ayudar a su novio, que parece estar en otro mundo...

- ¿Se puede saber qué te metiste anoche? ¿Qué es lo que te pasa, Ismael? ¡Contesta! ¿Es que no me escuchas? Le reprocha, cansada.

VOZ ISMAEL OFF:

Prefiero tu amor callado a una sola palabra tuya, que no me sana, que no me ayuda, que no me escucha... que no me ama. ¿De qué sirven las palabras si no sabemos ni siquiera lo que significan? Si las usamos de manera gratuita, incoherente, si hablamos por hablar cosas que afectan solo a nuestras vísceras, que solo existen porque no pueden ser resumidas en ningún código o lenguaje y que desaparecen al ser pronunciadas. ¿De qué sirven las preguntas si no recibimos nunca las respuestas? ¿De qué sirve amar si no puedes decirle a nadie sin palabras que le amas?

Ismael se recompone como puede y asiente sin decir nada. Verónica le mira excesivamente ofendida.

- Tú verás lo que haces, Ismael.- Sentencia.- Yo a mi lado lo que necesito es un hombre que esté a mi altura y no un mamarracho. Así que de ti depende...

La chica se monta en el coche y se marcha, dejando a Ismael sin poder articular palabra y sin entender la actitud en exceso cruel de su novia.

Visiblemente cabreado, da un golpe a la pared, se gira y se marcha de aquel lugar a toda prisa. Al volverse se encuentra de golpe con un par de japoneses, que sonríen como con malas intenciones. Ismael pasa violentamente entre ellos y sigue andando con prisas.

+

Entristecido y furioso al mismo tiempo, Ismael llega a su casa, recoge sus aparejos de buceo y se encamina hacia una solitaria playa. Ese día parece que todo cuanto emprenda está destinado a acabar mal. Quizás por ello necesita sumergirse con urgencia, anesthesiarse de los problemas y los reveses que la vida de la superficie le proporciona y aislarse en el silencio de las profundidades. Mientras pasea con la mirada perdida por la playa se cruza con el todoterreno de la Guardia Civil que hace la ronda por la arena. Los agentes (uno de ellos puede ser el mismo que le despertó por la mañana) le miran con recelo pero pasan de largo. El encuentro no hace otra cosa más que cabrear aún más al muchacho, que comienza a escalar las piedras que comunican a una recoleta cala y deja atrás a un par de pescadores que lanzan sus cañas desde algunas de las elevadas rocas que se adentran en el agua y a los que ni siquiera les dedica una mirada. Tan ensimismado marinea en sus preocupaciones que tampoco repara en el último de los pescadores con los que se cruza:

- *¿A dónde vas con tanta prisa que ni saludas, hombre?*- Inquieta Enrique, tensando el sedal, vestido con su impermeable y sentado sobre una de las piedras.

Ismael se detiene con cara de pocos amigos y contesta de mala manera a Enrique. *¿Te importa mucho?*

Enrique, contrariado, se encoge de hombros. *Lo único que quería era darte el pésame por lo de tu hermano...*

Ismael cierra los ojos. Está tan molesto, tan lleno de coraje que, aunque es consciente de estar siendo en exceso grosero, ya no puede reprimirse. *¿Seguro que eso es lo único que querías decirme, Enrique?* Pregunta un poco borde. *¿Tú te crees que soy tonto?* Enrique se queda serio, sin saber qué decir.

- *¿Qué pasa? ¿Te paga el patrón para que me espíes o qué?...*

Enrique arquea las cejas ingratamente sorprendido y se defiende: *Joder, macho... tranquilo, ¿eh?, que la próxima vez que pases por delante miro para otro lado y punto. No quería molestarte...*

Ismael hace un gesto de “vete al carajo”, se gira y continúa su camino sin contestarle, aunque en el fondo no sabe por qué ha hecho lo que ha hecho o si se ha excedido en su afrenta... ¿O sí que lo sabe? Enrique se queda atrás, contrariado y recoge hilo de visible mal humor.

+

Ismael se detiene en el centro de la cala y allí suelta sus enseres también ostensiblemente cabreado. Enrique le observa de reojo a varios metros de distancia, pero cada vez que el muchacho mira hacia su lado, en efecto, él finge mirar hacia el sentido opuesto. Ismael se desnuda, se coloca con torpeza el traje de neopreno y vemos desde lejos como al hacerlo pierde el equilibrio, cae al suelo, maldice algo en voz baja y vuelve a levantarse para continuar colocándose el traje y el resto de los artilugios. Es posible que hasta veamos a Enrique sonreír algo satisfecho al comprobar la mala pata que demuestra su compañero mientras se viste. No obstante, Ismael parece estar ausente ya de todo cuanto le circunda y acaba metiéndose en el agua cargado con su arpón y dejando atrás un revuelo de burbujas, la boya de señalización y un mar de frustraciones que no pasan desapercibidos para la atenta y prudentemente apartada mirada de Enrique.

Pero incluso bajo la piel del agua el muchacho no puede desprenderse de las contradicciones que le lastran y aún en su refugio submarino parecen perseguirle los ecos de sus pesares.

VOZ ISMAEL OFF:

Amo la vida. Amo hasta la más minúscula forma de vida. Amo a aquella criatura que se agita tras la sombra o la que respira adormecida bajo las ubres calientes de una madre. Amo la vida que se multiplica, que se expande incluso por encima de nuestras crueldades y que sobrevive a la plaga que es el hombre para este planeta y para consigo mismo. Amo la vida primigenia, la que late volcánica bajo la tierra o la que flota errante por el espacio y es capaz de destruirlo todo arbitrariamente. Amo la vida incluso más que a la vida misma. Y, sin embargo hoy, con qué desesperación amo el descanso de la muerte...

El fondo del océano se agita sobremanera por el efecto de las corrientes. Ismael se retuerce entre los escollos buscando presas fáciles y dispara una y otra vez su arma, casi con una agresividad impropia: así van cayendo piezas de todos los tamaños y cada ocasión que captura alguna el muchacho parece estar mucho más violento. Oímos en off sus pensamientos. Oímos también su agitada respiración, su esfuerzo, casi su coraje. Y en el frenesí, va arrastrando el saco de las capturas entre las rocas y apenas sube a tomar aire. En la superficie, Enrique continúa con su pesca y empieza a alarmarse un poco al comprobar por su reloj que las inmersiones del submarinista son cada vez más largas y que sube a tomar aire en muy pocas ocasiones, pero decide no hacer nada aunque sin perder de vista el movimiento de la boya. Varios metros bajo el mar, en efecto, Ismael está al límite de sus fuerzas y no parece tener la más mínima intención de detenerse. De hecho, ve un enorme mero y decide perseguirle sin vacilaciones. En su afán se ha sumergido más de la cuenta. El mero desaparece tras unas rocas.

Oímos su corazón acelerarse, sus pulmones hacerse más y más pequeños... La visión se le nubla y le sobreviene el colapso. La imagen se distorsiona y, por un instante, vemos sus pensamientos mezclarse con la realidad. Le vemos ahogándose tras los barrotes de la prisión como en la secuencia onírica 1 para luego verle de nuevo moviendo inconexamente los brazos en el agua como si estuviera peleándose con un enemigo invisible. Pierde el equilibrio, se escora y empieza a caer como un plomo sobre el arenoso fondo. Ya no tiene fuerzas para seguir luchando, ni siquiera para seguir viviendo... Entorna los ojos ante el azul infinito del océano y se rinde. Es entonces cuando en la lejanía vemos acercarse al mismo delfín de la anterior secuencia subacuática (debe verse claramente la señal roja de su lomo) que llega sigilosamente y se queda inmóvil frente al cuerpo inerte de Ismael. El chico apenas puede entender lo que está viendo ni distinguir siquiera si se trata de un sueño o de la realidad. El delfín, incomprensiblemente, golpea con el hocico al submarinista y acaba arrastrándolo varios metros hasta elevarlo lentamente a la superficie. Delfín y hombre acaban emergiendo. Vemos a la vez en una sola imagen dos mundos totalmente diferentes separados ante la pantalla por una delgadísima línea: En el inferior, las aletas de Ismael comienzan a hacer pie empujadas por el ímpetu salvífico del delfín, en el exterior, vemos adentrarse en el mar a Enrique dando gritos y seguido por uno de los dos guardia civiles que pasaron antes por la playa con el coche. Por unos instantes, ambos mundos y sonidos se alternan y confunden hasta romper la delicada piel que los separa, incluso pueden llegar a describir un círculo y cambiar sus respectivas ubicaciones, es decir, ver el fondo del mar arriba y el cielo como si pudiera llegar a ser el lo que hay bajo la superficie oceánica. Por fin los brazos de Enrique y los del agente se agarran a los del muchacho que logra salir indemne del terrible trance. Una vez en la arena, se arrodilla junto al guardia y junto a Enrique y toma aire con dificultad. Los tres hombres están empapados y exhaustos. Casi desfallecido, Ismael tose y vomita un poco. Cuando instantes después toma conciencia de lo que ha pasado se gira hacia el mar y susurra un casi indistinguible... “gracias”... Lloro emocionado sin poder creerse aún aquel espectacular milagro submarino. “Gracias”, repite en extremo emocionado, mirando agradecido hacia Enrique y hacia el guardia civil, que hace señas para tranquilizar a su compañero situado con el coche en la cima del acantilado.

+

Mientras tanto, en los apartamentos donde limpia Lucía –la hermana de Ismael- la chica termina de pasar la fregona por el pasillo de una de las casas. Se oyen voces, cánticos en alemán y risotadas que provienen del exterior. Se abre la puerta con gran estrépito y entra un matrimonio de turistas. El marido a duras penas puede sostener en pie a la mujer, que llega absolutamente ebria. Se hablan cosas en alemán. El hombre (que es el mismo que en una anterior secuencia se quedó mirando a la chica a través de la ventana y que debe tener

una cara muy particular e inconfundiblemente nórdica), mira ahora a Lucía como pidiendo disculpas por la situación, aunque también está bastante beodo. Al pasar por delante de la chica, la mujer justo vomita donde ha estado limpiando la moza que, espantada, pone cara de asco. El matrimonio continúa hasta la habitación, donde entendemos que el hombre la lleva al baño o la acuesta. Lucía limpia como puede y con bastante desagrado los restos de la náusea. Cuando se dispone a abandonar el pasillo, siente como el hombre la sisea o la llama muy bajito desde el fondo del corredor. Al girarse descubre que el hombre se ha bajado los pantalones y la está llamando haciéndole señales para que se acerque a ella mientras se manosea el miembro. La joven reacciona con susto al principio, pero luego duda, sin poder moverse ni saber qué hacer. El tipo no deja de guiñarle el ojo y de insinuarle directamente que se acerque a la habitación desde donde se asoma sin parar de tocarse para provocarla. En ese tris, se agacha, saca su cartera y extrae de su interior unos billetes que también muestra a la chica, ofreciéndole claramente que está dispuesto a pagar por sus servicios. La visión del dinero termina por convencer a Lucía que, no sin cierto reparo y con una sonrisa nerviosa, acaba acercándose al hombre y metiéndose con él en el cuarto. El hombre, con los billetes aún en la mano, obliga con deseo a la chica a arrodillarse y observamos en su rostro que Lucía ha entendido perfectamente lo que ha de hacer para ganarlo.

+

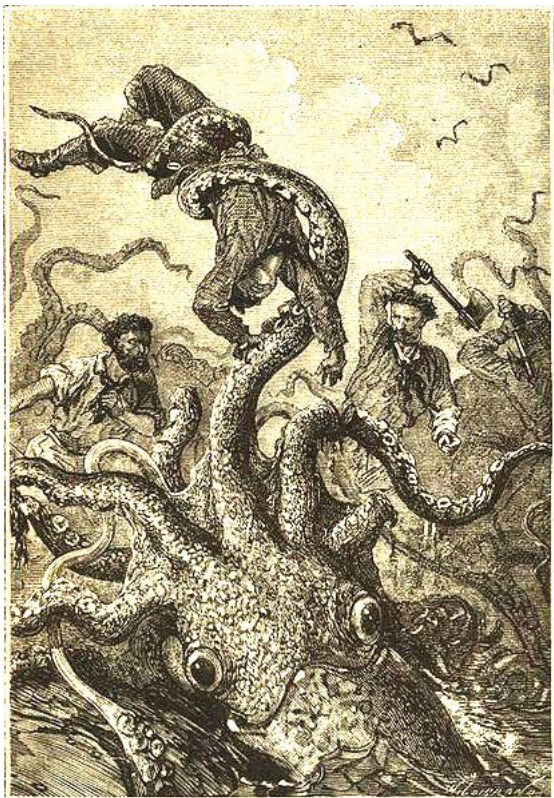
La madre de Ismael (aún rigurosamente de luto) entra en la habitación donde dormita el hijo, a media luz. Lleva consigo un vaso de leche caliente y alguna medicina. El chico, al sentirla, aparta algunos de los papeles que ha estado consultando y que reposaban sobre la cama y se incorpora como si le doliera bastante la cabeza. La madre le insta a que se quede recostado, pero él aduce que ya está mejor y que tiene que ir a recoger a la hermana. La madre le tranquiliza y le comunica que la hermana ha llamado diciendo que volverá tarde y que la va a traer una compañera de la cooperativa de limpieza. Ismael suspira y se recuesta un poco sobre el lecho. La madre, diligente, le posa la mano sobre la frente para comprobar si aún tiene fiebre y parece recriminarle con suavidad por su conducta, pero sin herirle demasiado. Le vuelve a pedir que no haga locuras. Le interroga por si le pasa algo con Verónica, por que la chica ni siquiera ha llamado. Le regaña además por lo de las drogas (que es una vergüenza, que ellos les han educado para otra cosa, etc...) y al ver los papeles le mira muy preocupada. *¿Y qué haces tú con esto?* Recrimina. Ismael se defiende, aduce que lo único que está haciendo es lo que habría hecho su hermano de estar con vida: luchar por un trabajo digno y denunciar las injusticias que se estaban produciendo en el pueblo con la explotación masiva y mafiosa de las almadrabas. Añade que lo único que ha hecho es llamar por teléfono a la Consejería de Pesca de la Junta para informarse pero la madre no

quiere entender nada, no quiere seguir oyendo nada al respecto. Le coge las manos y se las besa. *No quiero que el mar me acabe desangrando. No quiero quedarme más sola...*

Y le acuna como si fuera aún un niño pequeño, hasta dormirlo.

+

Secuencia Onírica 2: *La voz de la nana materna se confunde con el susurro del mar y el silencio del fondo submarino. Vemos a dos hombres buceando, son Ismael y su hermano Paco, que parecen estar ultimando la colocación de las redes o las anclas de las artes de almadraba para la pesca, aunque todo debe aparentar ser muy teatral. Los hermanos se separan para hacer cada uno su tarea. Vemos entonces en el rostro de Paco que algo no funciona. Las redes, como por arte de magia, empiezan a liarse por sus miembros y a anudarse en ellos impidiéndole avanzar. Hace señales a su hermano con una linterna pero descubrimos que la linterna está rota o ha sido rota deliberadamente. Ismael no ve que su hermano ha quedado atrapado entre los artilugios de las redes (en realidad, se recrea una escena similar a la que debió ser la de su muerte o asesinato). Por fin Ismael le echa de menos y al descubrir lo que sucede, nada velozmente hacia el hermano. Llega y trata de desenredarlo y ayudarlo inútilmente. El aire del tubo de Paco se acaba por segundos e Ismael contempla aterrizado cómo la vida del hermano se extingue irremediamente. Aún así, Ismael –también él casi asfixiado– emerge a la superficie para tomar aire y regresa todo lo veloz que puede a donde está el hermano cada vez más liado entre los cables y las redes. Le da su tubo para que respire, incluso le hace el boca a boca bajo el agua para darle todo el aire de sus pulmones, pero Paco está cada vez más débil y se niega a tomar más aire.*



Le hace señales a su hermano para que no haga locuras ni intente liberarle y regrese a la superficie. Ismael, apenas ya sin aire, emerge a tomar nuevamente aire. En la superficie busca ayuda. Todos sus compañeros están a escasos metros mirándole desde el barco (incluidos el padre, el patrón, los japoneses y Verónica) pero no hacen nada por ayudarlo. No entiende nada, no entiende por qué no oyen sus voces ni por qué no mueven ni uno sólo de sus músculos. Toma aire, se sumerge y retorna para seguir alimentando la vida de su hermano, pero al hacerlo encuentra al chico abogado y meciéndose a merced de las corrientes. Desesperado (oímos sus lamentos submarinos), se aferra a él, lo abraza, trata de reanimarlo pero su angustia es inútil. Oímos cómo dice su nombre, oímos su llanto

a través del agua y le vemos arrastrar el cuerpo del hermano mientras la vida de sus pulmones le impulsa contra la voluntad hacia la superficie...

Suena un teléfono móvil. Ismael se despierta violentamente del sueño, agarrado a la almohada, hecho un nudo de sí mismo y con el rostro envuelto en lágrimas...

El joven reacciona, coge el teléfono y contesta limpiándose las lágrimas. “Sí, soy yo”. “Soy yo”, repite, volviendo por momentos a la realidad y cogiendo los papeles que aún reposan desordenados sobre la mesa. “Sí, si... yo soy quién ha llamado, dígame”...

El Sol entra por la ventana de la habitación. Ismael habla por teléfono con un empleado de la Junta de Andalucía.

+

Mientras oímos la voz en off de Ismael, le vemos llegar a las oficinas de la empresa. Va cargado con unos papeles. Verónica, que está en uno de los despachos reunida en actitud relajada con Tokugashi le ve llegar y sale para darle encuentro, pero el chico la esquivo y sigue su camino hacia una fotocopiadora donde mete uno de los papeles y se pone a hacer fotocopias. Es posible que Ismael tenga también un poco de mal aspecto. Vemos cómo Verónica lee lo que su novio está fotocopiando y, renegando, trata de convencerle para que desista de su actitud. Tokugashi y otros empleados (incluidos más japoneses) están alrededor de la pareja observando la situación, pero no oímos nada de lo que dice, sólo oímos la voz en off de Ismael. El chico, cuando termina, empieza a repartir papeles convocando a una asamblea informativa entre los trabajadores. Incluso le da uno a Verónica. Luego la besa con ternura y sale a la calle, pasa por el bar de los marineros y sigue repartiendo... Le siguen con cara de pocos amigos los secuaces japoneses del patrón.

VOZ ISMAEL OFF:

Todo aquel que puede mover un dedo para tratar de cambiar el mundo y no lo hace es un cobarde. Todo aquel que calla y consiente con su silencio la injusticia es un cobarde. Todo aquel que tiene miedo a perder sus bienes y los defiende con usura no se los merece. Todo aquel que se apodera de un centímetro de la naturaleza, la hace suya, la dota de un nombre, de una bandera, de unas normas y dibuja en torno a ella una frontera imaginaria es un ladrón. Ya basta de sumisión, ya basta de chantajes... Basta ya de temer. Basta de esconderse, de esperar, de mendigar cariño... No quiero ser un cobarde, ni un ladrón, ni quiero tener miedo a vivir... Si amo, tengo el poder de cambiar el mundo...

+

En el muelle, esa misma mañana, Cristóbal y algunos de los marineros están ultimando cosas, alquitranando los aparejos, labores de carpintería,

pinturas o calafateado de los barcos que usarán en breve para levantar los atunes. Se ve como varios de los hombres comentan en voz baja chascarrillos, pero Cristóbal prefiere no darse por enterado y se enfrasca en sus labores. Finalmente uno de los marineros acaba sacando el tema de la detención de Ismael y los ánimos empiezan a caldearse. Cristóbal, lejos de defender a su hijo y ante el miedo que le da que su tripulación pueda llegar a amotinarse en plena faena, acaba por afirmar que en lugar de hacerse a la idea de haber perdido a un hijo, se hará a la idea de que ha perdido a dos de golpe. Incluso uno de los marineros se atreve a insinuar que espera que Ismael se haya asegurado de que las anclas están bien fijadas y las redes bien cosidas a los plomos, por que es mucha responsabilidad para alguien que encima de conflictivo se dedica a tomar drogas. Enrique esta vez decide poner fin a su silencio y rompe una lanza en su favor y les recuerda que Ismael siempre ha hecho perfectamente su trabajo y que, en lugar de criticarle, más bien tendrían que escucharle, pues el muchacho tiene razón en el tema de la cooperativa. Todos saldrían ganando y acabarían con el monopolio del patrón con los japoneses, que cada vez ganan más y más dinero en detrimento de ellos, que cada vez ganan menos y cada vez son menos los ejemplares que capturan. Otros suscriben las palabras de Enrique, aunque tímidamente. Pero otro replica que Ismael es un niño, que siempre ha sido conflictivo con el tema de los ecologistas y que se ha creído muy chulo por que practicaba el buceo y que no les conviene tener con ellos a alguien que les puede causar más problemas, por que lo que acabará pasando es que si se quejan, el patrón contratará a mano de obra más barata y ellos acabarán en el paro. Están ensalzados en plena discusión cuando alzan la mirada y se dan cuenta de que Ismael les está viendo y oyendo desde el muelle. Todos se quedan cortados. El joven salta a los barcos y va repartiendo entre ellos los panfletos (algunos los tiran, otros le apoyan) mientras les echa un discurso, les acusa de cobardes, de venderse por un sueldo y haber perdido la dignidad. “*Allá vosotros*” – Insiste. De todas formas les informa que ha llamado a un inspector de la Junta para que venga y les asesore de cómo formar una cooperativa y de las subvenciones que necesitarán para comprar un barco nuevo y abrir de nuevo la empresa de salazones, y por eso les está convocando a esa asamblea para el próximo sábado por la mañana en el local social de la cofradía de pescadores. También ha invitado a los de los sindicatos. Y les advierte que si el inspector encuentra irregularidades, acabarán cerrando la almadraba del capataz y entonces sí que se quedarán en el paro. Por el muelle aparecen los japoneses acompañados del capitán segundo. Miradas de temor entre algunos de los marineros, otras de desafío. Cristóbal, que está a punto de estallar de ira, entiende el gesto que le hace el segundo desde tierra e increpa a su hijo para que se calle y coja un falucho, se sumerja y compruebe si ya han empezado a colarse atunes.

Ismael comprende que tiene a la mayoría de sus compañeros en su contra, así que opta por callarse. Coge su macuto y salta a uno de los botes de

atajo, observado en silencio por el resto. El padre ordena a uno de ellos que le acompañe, pero al que señala se excusa diciendo que tiene mareos y deja claro sin decirlo el sentir general y que tampoco él quiere ir al lado de Ismael. Ismael, soberbio, arranca el motor del falucho dispuesto a salir solo. Todos saben que es peligroso ir solo a hacer esa tarea y sumergirse. *“Tranquilos, todavía me queda un amigo en el fondo y no creo que me pase nada”*- Sostiene con sarcasmo. *“Puede que aún te quede algún que otro amigo también en la superficie”*, defiende con orgullo Enrique, que salta desde su barco al bote y resuelve acompañarle. Todos se miran entre sí mientras contemplan cómo se aleja la lancha maradentro, especialmente Vicente, que comienza a ver con claridad lo que él cree que se está cociendo entre algunos de los hombres y no sabe si está haciendo lo correcto, parece que empieza a cambiar un poco de opinión. Empieza a lloviznar. El segundo lee el panfleto, acaba estallando y se encara con Cristóbal amenazándole abiertamente: *Yo que tú hablabas con tu hijo, por que te juro que como cierren la almadraba y nos echen a la calle, me lo cargo como si fuera un atún de esos. A él y a cualquiera que se ponga de su parte.* Advierte, clavando el papel de un golpe con el garfio de las capturas sobre el mástil de un barco. Otros le dejan claro que le secundan e imitan el mismo gesto. Un relámpago atraviesa el cielo y les ilumina a todos los rostros llenos de malas intenciones. Empieza a llover con fuerzas.

+

Enrique gobierna ahora la embarcación, mientras observa silencioso como el hijo del capitán tercero se coloca el traje de buceo y la bombona. Llueve. Llegan a las boyas de señalización, al barco que demarca la rabeira de fuera y detienen la lancha. Enrique intenta inútilmente convencer a Ismael de que desista en su empeño de ir solo contra todos o, al menos, que no se haga notar tanto y procure hacer las cosas de una forma más discreta, aunque le ofrece su ayuda para lo que haga falta de cara a la convocatoria de la asamblea. Le habla de su hermano, de lo mucho que él le estimaba y respetaba, y le habla de que uno no puede cambiar el mundo de la noche a la mañana por sí solo. Ismael, asiente y agradece sus consejos de una forma más tranquila. Después de unos instantes de silencio, le pide disculpas por su comportamiento en la playa el día anterior y vuelve a darle las gracias por su ayuda y por no haber comentando el incidente con nadie. Respira profundamente y, a su manera, le cuenta a Enrique todo lo que el mar significa para él. Enrique lo entiende, pues en cierta forma también él tiene una relación especial con el mar y eso ha condicionado su vida de manera muy distinta a la del resto de las personas normales: no se casó nunca, está más a gusto cuando el suelo en el que pisa está en movimiento que cuando pisa tierra firme y ha aprendido a vivir en silencio, como las criaturas submarinas. Ismael sonrío emocionado y le invita a seguir la conversación después del trabajo. Enrique acepta y mira hacia el

fondo del mar, parece que ahí ya se va moviendo algo... sonríen... Ismael se lanza al agua.

+

El submarinista desciende por los cables y comprueba que todo está correcto. Bordea la cámara, el buche y el bordonal hasta llegar al copo, la trampa final donde se almacenan las capturas, para observar que en su interior habrá unos veinte o veinticinco atunes dando vueltas en círculo algo nerviosos. Se gira a su alrededor y contempla el azul infinito del océano. Mira hacia la superficie y ve la silueta del falucho. Luego mira de nuevo a los atunes para asegurarse del número e inicia la subida. Se gira, mira a todos lados pero no consigue ver esta vez a su “amigo” el delfín. Emerge junto al bote. Enrique le ayuda a subir. Ismael está algo decepcionado. Le informa del número de capturas y el compañero pone cara de circunstancias: demasiado pocas. Como sigan así la temporada del derecho va a ser una de las peores de la historia. Cuando están a punto de volverse, Ismael le grita a Enrique que pare los motores. A babor asoma la silueta del delfín. Ismael, feliz, vuelve a colocarse la bombona y le dice algo enigmático a su compañero que aparte de a él, “a quien de verdad le debo la vida es a ese animal”. Antes de que Enrique tenga opción a reaccionar, el joven se lanza nuevamente al agua. Desde el fondo vemos como Ismael se acerca lentamente al delfín y lo acaricia, sin que el mamífero ofrezca la más mínima resistencia. Un nuevo relámpago ilumina el fondo submarino y vemos desde la profundidad las siluetas recortadas de ambos seres como flotantes en el espacio. Poco a poco van cogiendo confianza y comienzan a nadar uno al lado del otro, iniciando un juego de compenetración extraordinario y espontáneo. De vez en cuando rozan la superficie. Enrique, que lo contempla todo desde la lancha con el chubasquero puesto, está maravillado y sonríe. De alguna forma parece comprender que está ante un tipo de persona muy especial, a la que admira también de una forma “especial” y a la que parece entender mejor sobre lo que antes comentaban del aprecio por el mar. Ismael llega incluso a agarrarse a la aleta del delfín y se deja pasear por el animal como si conformaran un ser único surcando el mar unidos por el mismo impulso. Tras unos largos minutos de convivencia marítima y convencido por los continuos llamamientos de Enrique para que salga del agua, Ismael se aproxima a la lancha aún seguido por el los juguetes del delfín. Desde el bote hasta Enrique se atreve a acariciar el morro del animal y bromear con el amigo.

Atardece y sale el sol tímidamente para despedirse y enrojecer el perfil de toda la costa. La lancha de Enrique e Ismael pone rumbo al puerto. Atrás queda dando saltos el delfín, atraído por el clamor submarino de los atunes que empiezan a adentrarse en las almadrabas...

+

Noche. Juaqui va conduciendo su coche por la calle, escuchando música a tope. Oímos en off la voz de Ismael mientras se va desarrollando la secuencia. El joven se detiene en un semáforo. Sin quererlo repara en que detrás se detiene un coche bastante elegante. De repente cae en la cuenta de que en el interior está Verónica, que es quien conduce, y que a su lado está el empresario Tokugashi. Para su asombro, ve a través del retrovisor como la pareja se está besando y manoseando apasionadamente. Boquiabierto, se aparta a la derecha y deja pasar al vehículo, pero luego decide seguirlo intrigado por lo que el nipón y la novia de su amigo se traen entre manos. Suena el móvil. Juaqui se da cuenta de que es precisamente Ismael quien le llama y apaga el teléfono.

VOZ ISMAEL OFF:

Hay días que suceden cosas que te marcan para siempre. Cosas que hacen que, a partir de ese momento, exista un antes y un después. Es como si tu frente se volviese aerodinámica, se te separaran los ojos trazando entre ellos una línea imaginaria y, de repente, comenzarás a ver con nitidez el doble sentido de la vida. Todo es doble, todo tiene dos lecturas, dos caras, dos explicaciones. La que vemos y la que queremos ver. Sucede entonces que comprendes de improviso el lado sobrenatural de las cosas y, como si se tratase de un milagro o de un truco de magia, todo empieza a encajar en el caótico rompecabezas. Te vuelves un ser humilde y no puedes dejar de admirarte de la pureza y de lo bueno y hermoso que hay en todo cuanto te rodea. Hay días en que crees en el amor, en la lealtad, en la amistad y el corazón se te llena de esperanza. Y te alegras de que no sea un sueño, de que sea posible que a partir de ese día comiences por fin a comprender cómo un solo instante de felicidad puede compensar el dolor más amargo del mundo...

+

Noche. Puerta exterior de un pub. Ismael está hablando por el móvil. En realidad le está dejando un mensaje en el buzón de voz a su novia:

...Vero, soy yo otra vez... Supongo que sigues reunida, aunque lo mismo sigues enfadada y no quieres cogerme el teléfono. Lo entiendo. Sé que me he comportado como un idiota, pero necesito hablar contigo y explicártelo... En fin... Ya sabes que hablar no es lo mío. Me he pasado dos veces por tu casa, pero no estás... Yo ahora estoy en el "Bao-Bar". Por favor, pásate cuando puedas por aquí, nos vamos a tu casa y charlamos, ¿vale? Un beso.

Ismael cuelga el móvil, vuelve a marcar y vuelve a no conseguir hablar con quien quería. Entra en el pub "Bao-Bar" y se pone a charlar amigablemente con unas chicas. Entra Enrique. Ismael le hace señales para que se acerque. Apenas se les oye. Se nota que Enrique no está acostumbrado a ir a ese tipo de locales, incluso su forma de vestir desentona con las modas y los personajes juveniles del lugar. Ismael se da cuenta e intenta que el hombre

se sienta cómodo. Le presenta a las chicas y toman copas. Ismael le cuenta que ha quedado allí con él por que ha quedado también con su amigo Juaqui, que ha salido en libertad y quieren celebrarlo, pero no entiende por qué se retrasa. Le cuenta también que está esperando también a su novia. En ese momento llega Juaqui, que saluda a varios de los concurrentes. Se abraza a Ismael, pero en seguida notamos que no tiene cara de buenos amigos. Ismael lo nota, pero no sabe a qué se refiere. El Juaqui hace de tripas corazón y le explica que no han podido obtener pruebas y que han tenido que dejarle libre, pero que van a ir a por él y está pensando en largarse. Quiere decirle algo más, pero vemos que le cuesta hacerlo. No es fácil decirle a tu mejor amigo que su novia le engaña. Enrique trata de ponerse a la altura de la gente joven y sonríe, pero está un poco fuera de lugar. Hablan de la convocatoria de la asamblea, que parece ser que hay bastante gente interesada y que seguro que los japoneses tienen que estar dándose patadas en las nalgas. Las chicas le piden que les explique si es cierto eso de que un delfín le ha salvado la vida. Risas. Enrique asiste a la conversación un poco alucinado, pues es un lenguaje y un mundo que le son totalmente ajenos. Juaqui quiere también hablar en un aparte con Ismael, pero no encuentra el momento. Entran en el local dos marineros más de la tripulación (de los más jóvenes). Uno de ellos es precisamente Vicente, quien se ha mostrado siempre hostil hacia Ismael. Enrique los ve y se empieza a sentir violento. Los marineros se acercan también sorprendidos de ver a Enrique en semejante reunión. Le saludan, bromistas: *¿Qué haces tú por este antro, carcamal? ¿Está allí para ligarse a algún jovencito?* Enrique se siente avergonzado y les manda al carajo. Juaqui e Ismael se miran, apurados. Todos sonríen, excepto Enrique, que se levanta, muy molesto, con la intención de irse. Al hacerlo se le cae del bolsillo un pequeño papel envuelto en papel de regalo. Ismael se adelanta a Enrique y lo recoge. Enrique enrojece de vergüenza y se pone en evidencia. Los marineros recién llegados se mofan y le advierten a Ismael que Enrique lo que quiere es echarle el anzuelo con “regalitos” para luego meterle la caña por el culo o algún comentario soez por el estilo. Si allí todo el mundo ya sabe lo que le gusta a Enrique, ¿no? Más risas. Abochornado, Enrique mira con odio a los marineros y se larga torpemente. A Ismael la situación le disgusta y llama a Enrique para que vuelva, con el regalo en la mano sin abrir. En vano. Recrimina a los marineros sus palabras y se enfrenta a ellos, enfadado. Juaqui intercede. Hacen algún comentario conciliador para suavizar los ánimos. Los marineros no dan más importancia al asunto y tratan de congraciarse con Ismael. A ellos les da lo mismo la vida de cada uno y no pretendían ofender a Enrique. Lamentan haberse pasado y, entre bromas, ponen sobre la mesa los papeles de la asamblea para que Ismael los vea. En efecto, eso parece calmar los ánimos y cambiar la conversación de derroteros: *Entonces mañana en la Cofradía de Pescadores, ¿no? Pues iremos a escucharte, hombre, a ver si dices algo que sea interesante.* Se saludan toscamente y se van. Ismael, sorprendido, sonríe y busca la complicidad en su amigo, pero Juaqui le corresponde con una falsa sonrisa.

Ismael le nota raro pero pide unas copas para celebrar el cambio de actitud de los marineros. Repara en el “regalito” de Enrique sobre la barra y no puede evitar abrirlo. Para su sorpresa, se enternece al comprobar que se trata de una pequeña figurita de un delfín, algo tosca, tallada en madera. Juaqui sonrío y bromea: “*A lo mejor sí que es verdad que ese tío quiere rollo contigo, colega*”... “*La gente dice que...*” Ismael se encoge de hombros, pensativo, mirando la figura: “*¿Y la gente qué sabe?* Incluso bromea: *a lo mejor soy al final el que va detrás suya*... Risas. Ismael mira de vez en cuando su reloj y su móvil. Juaqui le ve y sufre. Cuando al final se decide... *Isma, colega, tengo que hablar contigo*... Es entonces cuando justo en ese instante entra por la puerta Verónica, que les saluda y se acerca hasta ellos. Juaqui se queda con la palabra en la boca. Verónica, con aspecto de cansada, le pide a su novio que si quiere irse con ella a casa que tiene que ser ahora por que está agotada y mañana se tiene que volver a levantar temprano. Ismael no lo duda ni por un segundo. Se levanta, se despide de los amigos y abandona con su novia el local. El Juaqui se gira a las demás chicas. “*¿Queréis una copa o un porro?* Pregunta el Juaqui, desangelado. Las chicas reniegan, risueñas. *Bueno, pues yo me voy a poner las dos cosas*. Concluye el otro, mirando de reojo hacia la puerta preocupado por su amigo.

+

Penumbras. Ismael y Verónica están en la cama. El chico está intentando hacer el amor con ella, pero la chica se resiste. Finalmente ella se deshace de su novio y se sienta de un brinco en la cama. Enciende la luz de la mesilla y prende un cigarro. Está muy inquieta. Ismael, aturdido por el rechazo, se acerca a ella cariñoso. Ella vuelve a desdeñarle.

- *Que no tengo ganas, ya te lo he dicho.*- Justifica ella de mala manera.- *¿A ti cómo hay que decirte las cosas? Me dijiste que querías venir para hablar y al final, por lo que se ve, lo que querías era echar un polvo, como siempre. ¡Vaya manera la tuya de hablar y de arreglar las cosas!*

Ismael la acaricia: *Es que ya no sé qué más decirte, Vero.*

-*¿No será porque entre nosotros ya está todo dicho hace ya bastante tiempo?* - Concluye Verónica.- *Anda, acuéstate y procura dormirte. Mañana es tu gran día, ¿recuerdas?*

Ismael la mira, estupefacto, y se levanta para vestirse. Verónica le mira sin decir nada. “*¿Te da igual que me vaya o que me quede?*”, pregunta Ismael, cariacontecido. Verónica sigue muda. Él asiente sumiso, termina de vestirse, la besa en la mejilla y se marcha silenciosamente. La chica se levanta y se va hacia el baño. Una vez frente al espejo, mira su reflejo y siente remordimientos de conciencia. Ella está sumergida en su propio mar de dudas. Mientras oímos en

off la voz de Ismael, vemos como de los ojos de la chica caen un par de lágrimas.

VOZ ISMAEL OFF:

Hay días que suceden cosas que te marcan para siempre. Cosas que hacen que, a partir de ese momento, exista un antes y un después. Pero hay días en que todo lo que sucede es como una repetición, una letanía... Tropezar siempre con la misma piedra y no querer apartarla del camino por miedo, por el mismo miedo con que cada día me acuesto y con que cada día me levanto. Hay días, y hay noches, en las que ya no crees en nada: ni en el amor, ni en la lealtad, ni en la amistad... y el corazón se te ralentiza por la tristeza y sólo piensas en conciliar el sueño, en anestesiarte, en no seguir perdiendo más el equilibrio. Si pudiera caminar sobre las aguas, como Jesús, seguro que hoy me derrumbaría. El suelo sobre el que piso siempre está moviéndose, siempre está deshaciéndose, siempre desaparece y cada paso que doy es un paso más hacia el vacío...

¿Cómo hablar a los hombres de la dignidad si la tuya se ha hecho añicos contra el fondo del abismo? ¿Cómo hablar si se me han quedado muertas en la garganta todas las palabras? ¿Cómo escuchar al corazón cuando está uno ensordecido por los gritos?

+

Mientras oímos sus palabras, vemos imágenes de Ismael de garito en garito, bebiendo más de la cuenta y acabando algo ebrio. Sale dando tumbos quizás con intenciones de regresar a casa o de iniciar otro bucle a su vida sin conocer aún el destino. Ismael camina pensativo por un callejón del pueblo, aún de madrugada. Oye forcejeos e insultos que llegan desde una travesía contigua. Al acercarse, descubre, sorprendido, que Vicente, el otro marinero y Enrique, todos un poco beodos, se están dando una paliza. En realidad, parece más bien una riña de niños pequeños que acaban caídos en el suelo y casi esmorecidos. Apenas se entiende lo que se dicen. Ismael, también borracho, se mete en la pelea y trata de separarlos. Les echa la bronca a todos. Vicente insulta a Enrique y a punto están nuevamente de ensalzarse a golpes, pero Ismael lo evita y, finalmente, consigue separarlos y llevarse a Enrique, que está fuera de sus cabales. Vicente y el amigo se marchan, riéndose y burlándose de “los novios”. Sus voces se alejan. Enrique es incapaz de mirar a Ismael a los ojos. Se siente abochornado, delatado, herido en su amor propio. *¡Menudo pedo tenemos los dos! ¡Y menudas pintas!* Acaban sonriendo. *“Tranquilo, no es nada. Esos hijos de puta no tienen cojones suficientes para poder conmigo ni siquiera los dos juntos. – Afirma Enrique, para acabar riendo de nuevo- ¡Pero gracias por llegar a tiempo para evitar lo contrario!*

Risas. Se miran y vuelven a reírse. Ismael se saca del bolsillo la figura del delfín que, por el forcejeo, se ha acabado rompiendo. Pone cara de lamentarlo. Enrique se la pide para repararla. Ismael le da las gracias por el detalle. Se miran. *¿Nos tomamos la última?* Sonríen, asienten y desaparecen por la callejuela.

Secuencia Onírica 3. Estela de luna reflejada sobre un mar en calma. La cámara avanza como si corriera sobre ella a toda velocidad hasta que atraviesa la superficie y se sumerge en la profundidad de un océano nocturno iluminado por los destellos de la luna, que puede verse en su plenitud desde el mundo submarino. Una pareja de delfines juegan y copulan en la inmensidad ultramarina, luego unas orcas, unas ballenas gigantes... La cámara sigue descendiendo hasta el fondo abisal, hasta volverse todo oscuro y toparse con todo tipo de criaturas luminiscentes, hasta llegar a un mundo casi microscópico de brillantes y coloridas formas unicelulares y acabar en la más remota y profunda Nada.

VOZ ISMAEL PARALELA EN OFF:

¿Qué soy? ¿Qué Dios me hizo? ¿Qué fortuita coincidencia cósmica me moldeó como el ser que ahora conformo y doto de armonía? ¿Qué célula me define? ¿Qué palpito maneja mis deseos y cuál mi libre albedrío? ¿Antes de mí fui cómo tú? ¿O cómo tú? ¿Es posible que estas criaturas tan primarias escondan la respuesta a todos los misterios? ¿Conocerán la poesía? Todo yo soy luz. Todo yo soy agua. Todo yo soy naturaleza y todo yo soy un milagro de amor...

+

En la oscuridad suena un teléfono móvil, primero como si sonara desde el interior de una caracola, luego de manera estridente. Se enciende la luz de una mesilla. Enrique, con cara de sueño, se restriega los ojos y contesta. *¿Sí? Claro que estaba dormido, no te jode. ¿A las seis y media? ¡Pero si queda menos de una hora! Sí, ya me levanto...* Y cuelga. Se gira en la cama para buscar a alguien pero descubre a quien busca frente a él, observándole en silencio desde la puerta entre abierta del baño...

- *¿Qué haces ahí quieto levantado?* -Pregunta Enrique, con la mente aún dormida y bostezando.

- *Mirándote.* - Responde Ismael, aún desnudo y ligeramente apoyado sobre el quicio de la puerta.- *¿Qué es lo que pasa?*

- *Por lo visto esta noche ha habido mucho movimiento en las redes y el patrón ha decidido adelantar la levanta para esta misma mañana.*

- *Ayer apenas había 25 atunes. No han podido entrar tantos en una sola noche.*

- *Los de Salvamento Marítimo de Tarifa han visto orcas y hay que sacar lo que sea antes que esas hijas de puta destrocen las redes y se coman nuestra pesca...*

En ese instante suena también el móvil de Ismael. Es su padre, para contarle lo mismo que Enrique. Él le asegura que estará en el muelle en media hora.

Ambos hombres se miran. Enrique se incorpora de la cama, enciende un cigarro y se dirige hacia el cuarto de baño. Al pasar junto a Ismael no sabe cómo decirle un montón de cosas: *Tío, yo... En fin, no sabes la de veces que he soñado con lo que ha pasado esta noche....*- Susurra.- *Espero que ahora entiendas por qué te miraba tanto y que...*

- *Tranquilo* – Titubea, aunque sin blanduras.- *Yo no me arrepiento de lo que he hecho ni le voy a echar la culpa al vino ni nada de eso, lo único que quiero que sepas es que a mí no me va este rollo, ¿entiendes?. Y no quiero que te enamores ni ninguna tontería de esas... No sé si me explico...*

- *Te explicas.*- Entiende Enrique, quizás algo dolido pero tratando de mantener el tipo, también sin blanduras.- *¿Quién habla aquí de enamorarse? Pero podremos seguir siendo al menos amigos, ¿no? Además, te juro que por mí no va a enterarse nadie de...*

- *Puedes contárselo a quién te dé la gana. Después de esto es cuándo de verdad podemos decir que seremos siempre amigos, ¿no?*

En sus miradas debe notarse que, aunque aparenten normalidad, quizás ninguno de los dos está seguro de lo que acaba de ocurrir entre ambos ni las repercusiones que podrá traerles luego. Tienen cierta premura en separarse. Enrique se mete en la ducha. Ismael comienza a vestirse y repara en que sobre la mesa está la figurita del delfín ya reparada (aún está al lado el tubo de pegamento) y no sabe ya qué pensar de todo lo que le está en esos momentos sucediendo.

Enrique sale secándose de la ducha preguntando por Ismael, pero cuando sale se encuentra que el chico se ha marchado. El hombre se muerde los labios, preocupado y algo triste. En ese momento repara en que sobre la mesa solo queda el tarro de pegamento y que el submarinista se ha llevado la escultura, lo que le sirve de esperanza y de consuelo.

+

Mañana. Interior de la Cofradía de pescadores. Pequeño salón de actos o sala de reuniones. Algunos de los marineros asisten apenas sentados, en actitud de querer irse. Hay también algunas mujeres. Pero la mayoría de los asistentes están un poco como por estar, riéndose y haciendo chascarrillos. Tras una mesa están sentados Ismael y dos representantes sindicales. En honor a la verdad, el más implicado es Ismael, pues los otros dos no parecen

pintar mucho. En primera fila, con actitud de apoyo, están Enrique y un par de hombres más. Vicente está apoyado sobre la pared, algo desconfiado. No está Cristóbal.

Plano del exterior de la puerta. El segundo y un par de japoneses están en frente controlando a todo el que entra.

En el interior, Ismael trata de volver a explicarles los beneficios que están perdiendo al estar contratados de esa forma y depender sus empleos y sus sueldos de los buques factoría japoneses cuando, si formasen una cooperativa y controlasen ellos mismos desde las capturas hasta la manufactura del pescado, ganarían más beneficios. Empieza a dar datos: De cuanto pescan, los japoneses se llevan más del 60 %, y del 40 % restante, casi un 15% se lo reparten el patrón y los capitanes. La gente hace preguntas, no lo entienden. Hay miedo en sus caras. Dicen que muchos no han querido venir por miedo a represalias, a que los despidan. Incluso uno se atreve a decir que le han amenazado con echarle si votaba sí a la cooperativa, y que se iban a quedar con sus nombres. Ismael les insiste que no deben tener miedo, que si están unidos no podrán contra todos, pero que sí podrán vencerles si se dividen. El resultado es que no se ponen de acuerdo. Incluso puede haber algún que otro insulto, palabras mayores y, en un momento determinado, hasta puede formarse una bronca y al final no se resuelve nada. En medio de todo eso, entran el patrón, Verónica (de chaqueta), los japoneses e incluso Tokugashi. Todos se callan, algunos de ellos están aterrorizados. Otros hasta casi se inclinan al paso del patrón y sus secuaces. Huidobro toma la palabra y les comunica que, mientras que uno de sus buceadores (que, por cierto, acaba de salir de la cárcel) les ha convocado allí para perder el tiempo e ir contra sus propios intereses, el resto de los buzos han bajado a vigilar las redes y han descubierto que el número de capturas es muy elevado. Ismael y Enrique le desmienten y dicen que ayer apenas había 25 atunes. El Segundo se revuelve y grita que se han contado más de 300. El patrón toma la palabra, conciliador, y les dice que esa puede ser una de las mejores “levantás” de los últimos años, y que no pueden esperar ni un solo día más. Además, los de salvamento marítimo de Tarifa han visto orcas por la zona y hay que izar las redes cuanto antes. Así que han decidido hacerlo mañana. Invita a todo el mundo a mantenerse en sus puestos y a posponer la charla sobre las mejoras para después de la captura. En todo caso, no quiere dejar pasar la oportunidad de presentarles al empresario Tokugashi, que ha venido para aumentar su inversión en el sector aportando dos nuevos buques factoría y personal especializado. Les convence de la manera más dogmática para que hagan su trabajo lo mejor que saben y les demuestren a los japoneses quienes son los mejores, y culmina su exhortación prometiéndoles una paga extra al final de la levantá, a lo que los hombres responden con gritos y vítores de alegría. Ismael, Enrique y un par de marineros más se quedan solos, arrinconados y vencidos moralmente. Incluso los sindicalistas se van con el resto de los asistentes en dirección a la calle para celebrarlo. Verónica mira a su novio con cara de

circunstancias, pero sin abandonar su sonrisa. Tokugashi la agarra amablemente por el brazo y sale también con ella. El patrón, con una sonrisa triunfal, increpa a Ismael y le pide con cinismo que vaya él también a prepararse. Que ya habrá tiempo para hablar de cooperativas y de todo ese tipo de chorradas.

Los jefes salen. Enrique e Ismael se quedan los últimos. El primero, algo cortado, trata de consolarle, pero Ismael ya no tiene ganas de hablar con nadie.

Malhumorado, sale y pasa ante sus compañeros como un alma en pena. Los demás se ríen o le miran con desaire. Enrique lo entiende y desiste de seguirle. El submarinista, herido en su orgullo, aún puede ver de reojo como, a lo lejos, el japonés le abre la puerta del coche a Verónica y cómo ésta, encantada, no para de coquetear con él y de sonreírle.

+

Ocaso sobre el mar. Ismael está sentado en unas rocas mirando la puesta de sol, pero en realidad no está mirando nada. Oímos en off sus pensamientos:

VOZ ISMAEL OFF:

Recuerdo que de niño mi padre nos llevaba a mi hermano y a mí todos los domingos a cazar por el monte. Él cogía su escopeta, sus cartuchos y nosotros aprendíamos con él quién era el que mandaba en los múltiples reinos de la naturaleza. Pero enseguida noté que nada de aquel ritual de muerte me gustaba. La primera vez que ví morir a un animal fue como si yo mismo envejeciera y me convirtiese precipitadamente en hombre. Justo en el hombre que jamás he querido ser, justo en lo contrario de lo que para mí debería ser un hombre. Ahora es cuando lo comprendo. A los diez minutos de nacer, mi padre me miró, intuyó mi debilidad y dejó de quererme para siempre. Ahora es cuando comprendo que para él siempre he sido un cobarde. Quizás habría sido mejor no nacer nunca, no salir del líquido elemento, no haber venido a un mundo al que jamás podré pertenecer y al que apenas comprendo. Quizás sería mejor rendirse, dejarse llevar por la corriente y desaparecer...

+

Aún no clarea del todo el día. En el muelle todos los marineros se preparan para embarcarse en los faluchos y trasladarse hasta las naves del patrón, del capitán segundo y del tercero, que ya están situadas cercando con un cuadro a la almadraba a unas tres millas de la costa. Hay mucha excitación entre los marineros que componen las diferentes cuadrillas. Hace frío y algunos cantan para acallar los nervios. Ismael se reúne con su padre y, mientras dure todo el proceso de sacar las redes, entre ellos no habrá ningún tipo de roce ni de movimiento extraño. El prestigio de Cristóbal como capitán tercero del “Virgen de Zahara” está nuevamente en entredicho pues, por su

edad y su experiencia, él fue quién decidió el lugar donde soltar la boza y clavar las anclas. En el muelle, el patrón, vestido de chaqueta arenga a los capitanes para que hagan una buena pesca y recuerda a los marineros la promesa de algunos incentivos extras, aunque de la “pesca chica” ya hablarán en el regreso. Algunas mujeres y curiosos se han acercado al malecón para seguir desde primera línea el proceso de los acontecimientos. Tokugashi, Verónica y algunos de los japoneses seguirán la pesca como unos turistas en un yate de lujo.

Ismael ve a Verónica a lo lejos, pero sigue su camino sin querer desconcentrarse. Enrique lleva a los hombres en los botes de atajo. Cuando llegan a las naves, Ismael ve al resto de los buzos y es entonces cuando echa mucho de menos a su hermano. Antes de reunirse con ellos se dirige con mucha seriedad a su padre: *Algunos dicen que Paco no murió accidentalmente. ¿Tú sabes algo de eso?* Pero en ese momento el padre no dice nada y parece decirlo todo con la frialdad de su silencio. Cambia de tema y le indica que se vaya con los submarinistas nuevos y que tenga cuidado con ellos, pues el patrón los ha contratado a última hora y él ni siquiera les conoce. Ismael se acerca a ellos y, de hecho, los saluda y descubre que son japoneses, o italianos, y que apenas hablan castellano. En cuanto sale el sol se lanzan al agua. Enrique contempla todo desde el costado de una de las embarcaciones, donde se van alineando los hombres con los bicheros en la mano a la espera de la señal de los capitanes. El nerviosismo les hace bromear entre ellos, pero en el fondo saben que se juegan mucho en lo que pueda salir en unos momentos del océano.

Los buceadores emergen y comunican a sus barcos respectivos lo que han visto en el copo. Los capitanes dan la orden, los barcos copejadores se cuadran formando un cerco y los almadrabereros empiezan a jalar la red desde la sacada “Virgen de Zahara”, la nave donde está Cristóbal dirigiendo la operación pegada al mojarcio del copo.

+

Las naves acopejan la red del fondo hasta formar un ruedo en el centro y prosiguen la levanta con una gran expectación en las caras de los marineros. Ismael se sumerge de vez en cuando para ver cómo se desarrolla la operación. De alguna u otra manera, Enrique procura no perderle de vista sin llamar mucho la atención y se asegura de verle salir a la superficie de tanto en cuanto.

En unos minutos, cuando las redes del copo están a unos dos metros de la superficie, el agua parece que comienza a hervir y todo se llena de una densa capa de espuma blanca. Bajo ella, se deslizan a toda velocidad los lomos de los atunes. La captura parece ser más grande de lo esperada. Ismael que contempla desde el fondo la agonía de los peces, descubre horrorizado que entre los atunes hay un ser que le resulta preocupantemente familiar. Se acerca como puede a la parte baja de la red y descubre que, en efecto, el delfín que le salvó la vida está atrapado junto con el resto de las capturas. De hecho, se

asegura que es el delfín por que reconoce en su lomo la estrella roja que le hacía tan peculiar. Desesperado, se lleva las manos a la cabeza sin saber qué hacer para evitar que la levanta acabe con la vida del animal. Saca de su equipo un machete y trata de cortar la malla, pero descubre que ésta es demasiado dura y que es un esfuerzo inútil. La última opción que le queda es evitar su muerte desde la superficie, así que intenta emerger a toda prisa.

+

Fuera, los aguerridos almadrabereros ya han empezado a lanzar sus bicheros contra los ojos de los atunes y el mar ha comenzado a volverse de color rojizo. Haciendo ostentación de una pericia y una fuerza sin iguales, los marineros elevan a los barcos piezas de 70, 90 o incluso más de cien kilos aprovechando sus impulsos y sus coleteos. Las capturas se cuentan por decenas y, además de atunes, también aparecen poco a poco otras especies como bacoretas, bonitos, melvas e incluso algún que otro pez espada... Los hombres están eufóricos por el movimiento que “hierve” en el fondo del copo. Otros, armados de largos palos, van golpeando a los atunes “majaderos” para que dejen de nadar o de chapotear y asusten más a los ejemplares más tranquilos. Desde una prudente distancia, el empresario japonés toma fotografías acompañado de Verónica. Un catering les sirve bebidas. Entusiasmado también con el espectáculo, Enrique –garfio en mano– está esperando a que la red se eleve un poco más hacia la superficie para saltar al ruedo y capturar las piezas desde el agua. Como él, otros almadrabereros esperan poder hacer también lo propio. En ese momento, echa de menos a Ismael. Por más que quiere no consigue verlo. Los gritos de los hombres son tan fuertes y las sacudidas de los peces tan ruidosas y violentas que la matanza que tiene ante sus ojos asemeja una escenificación casi dantesca del Infierno.



En ese momento, entre las decenas de atunes que se agitan bajo el agua, el delfín, acorralado y casi asfixiado, da un gran salto en el aire. Es entonces cuando Enrique ve a Ismael discutir algo con su padre, pero ambos están situados en otro barco y no alcanza a escuchar nada. La discusión parece ser acalorada. Ismael corre por los costados del barco avisando a los marineros de que tengan cuidado de no golpear con el bichero al delfín, pero en el fragor de la matanza no es posible ya garantizar la salvación de nada. Todo se precipita y se confunde. Los más valientes se lanzan al ruedo como poseídos de una fuerza sobrehumana y empiezan a clavar los garfios en los ojos de los atunes (para no masacrarlos inútilmente ni sangrarlos más de lo necesario) y a lanzarlos sobre las cubiertas. Enrique duda al ver que algo grave debe estar ocurriéndole al compañero para comportarse de esa forma. En el copo, los torsos desnudos de los almadraberos y los cuerpos escurridizos y plateados de los túnidos se tiñen espectacularmente de rojo y la espuma pronto se torna también del color brillante de la sangre. En medio de la masacre apenas puede distinguirse ya una especie de la otra, ni siquiera la submarina de la humana. Las miradas de Ismael y la de Enrique por fin coinciden y el segundo le hace un gesto para que le explique. Ismael, desde el otro extremo, le señala al agua y finalmente Enrique parece comprender su desespero. Entre los atunes se desliza azotado por el miedo y todavía vivo un delfín agotado. “No puede ser el mismo. No es posible que sea el mismo”, se repite Enrique entendiendo el drama que se sucede en medio de la trágica matanza. Viendo que los bicheros golpean sin piedad ni miramiento a todo lo que aún se mueve en la “gorra”,

Ismael se lanza fuera de sí al mar sanguinolento y comienza a cortar los cabos que unen la red a la sacada. Algunos de los hombres observan sin entender los actos del muchacho. Cristóbal grita a su hijo desde la cubierta para que pare inmediatamente de cortar los cabos, pero Ismael parece haber perdido la cabeza. Enrique se lanza también impotente al copo, pero es imposible atravesarlo por el centro, así que debe ir describiendo un círculo esquivando los golpes de las bestias y los bicheros de sus propios compañeros. Ismael logra cortar algunos cabos, pese a la oposición de su padre y de algunos marineros, que le increpan para que se detenga y le dan con los palos sin llegar a entender qué es lo que está haciendo.

Harto de no poder evitar la sinrazón del hijo, el propio Cristóbal acaba cogiendo uno de los bicheros y, sin pensar en las consecuencias ni en la gravedad de lo que está haciendo, acaba precipitándolo y clavándolo contra la espalda de su secundogénito con la mala fortuna de que le hiere mortalmente. En ese momento, el copo acaba cediendo por el costado de la sacada y se hunde de tal modo que las capturas consiguen escaparse por debajo llevándose por delante el cuerpo herido del submarinista. Enrique y algunos de los marineros no pueden dar crédito a lo que están viendo. Alguien exclama “¡Hombre al agua!” y otros corren al otro costado del barco por si ven emerger a Ismael de nuevo.

Uno de los submarinistas bordea rápidamente el barco para tratar de localizarlo. Lejos de detenerse, el viejo Cristóbal insta al resto de los almadrabereros para que continúen alzando atunes antes de que se escapen los que aún quedan atrapados en el copo. Desde el aire, el cerco formado por las naves y su interior sangriento parecen, a vista de gaviota, una inmensa herida sobre la piel del océano. Una herida que se traga el cuerpo de Ismael hacia adentro y que se convierte simbólicamente en la suya propia. Alrededor de ella, el yate de Tokugashi y algunas orcas que nadan en círculo alertadas por el baño de sangre. Desde el yate, Verónica trata de averiguar qué es lo que sucede y mira con unos prismáticos. Una voz en su interior parece decirle que ocurre algo anormal.

No obstante, el submarinista consigue rescatarlo de las profundidades y, ayudado por Enrique y otros marineros, lo izan a la cubierta de uno de los botes de atajo para llevarlo urgentemente a puerto. Los marineros están ateridos de frío. Ismael ha perdido mucha sangre y tiene muy mal aspecto. Enrique se ofrece para llevar el herido al muelle y arranca el motor sin perder más tiempo ayudado, curiosamente, por Vicente, el hombre que siempre le había mirado de mala manera y que hoy le ayuda a salvar a su enemigo. Relámpagos. Los ojos vidriosos del rostro de Cristóbal brillan mientras se alzan al cielo tratando de recuperar la cordura. Sus hombres se apartan de él y le miran como si se tratase de un aparecido. Empieza a llover con fuerza sobre la costa.

El falucho llega al muelle. Vemos casi con movimientos retardados como Enrique y Vicente arrastran el cuerpo inmóvil de Ismael y lo depositan sobre el suelo. Contrapicado que nos permite ver cómo la lluvia cae con fuerza sobre su rostro y pecho desnudos. A lo lejos vemos llegar a los enfermeros y nos deslumbran las luces de una ambulancia. Enrique agarra la mano de Ismael para mantenerlo consciente y darle ánimos. Vicente llama a los camilleros, pero no oímos ni llantos ni otro ruido que no sea la respiración casi extinta del submarinista. La cámara se acerca lentamente a la cara empapada del joven. Sus ojos entreabiertos aparentan estar detenidos en otra dimensión. Su tez ha perdido el rubor de la vida y los labios se han tornado ligeramente azules. La cámara se adentra en sus pupilas, como si tratase de asomarnos a su interior y, en efecto, atraviesa el iris como si se sumergiese en un profundo océano. Avanza descendiendo por un abismo que parece no tener fin y en el que todo aparenta estar vacío, índigo y silencioso...

+

Secuencia Onírica 4: *Así, hasta que el movimiento de la cámara se torna aerodinámico y nos desvela la silueta de un delfín –nuestro delfín- surcando ágilmente el piélago infinito. A veces su figura nos recordará a un ser antropomórfico, mitad pez y mitad hombre. Sin parar de avanzar, la cámara girará sobre sí misma y describirá una ruta casi imposible: leguas de un viaje submarino que, en sí mismo, no es más que una regresión mental del protagonista. De alguna manera, la travesía del delfín nos irá llevando a algunos momentos del pasado vividos por el personaje: rostros, detalles de la juventud, situaciones, juegos infantiles, imágenes de su hermano y él de pequeños, haciendo la primera comunión, o trabajando en el muelle, de pesca, en el colegio, el rostro de sus padres jóvenes y felices, el rostro de Rosa, de su hermana, el del Juaqui o el de Verónica... Del azul marino iremos pasando paulatinamente al blanco, hasta llegar a aguas poco profundas, luminosas y cristalinas en cuyos reflejos solares descubriremos que el delfín se ha transformado en hombre desnudo, en muchacho, en adolescente y finalmente en niño, en un bebé alegre y sonriente que avanza como un pececillo hacia la superficie del agua. Desde el fondo le vemos patear, divertido, mientras a través de la superficie distinguimos, en la luminosidad, una figura femenina que extiende los brazos hacia el agua como si llamase al pequeño. Las manos atraviesan la piel del agua y agarran al crío, sacándolo a la brillante luz del Sol. La madre, feliz y sonriente, acurruca al bebé contra su pecho y lo besa para darle calor. Obviamente representan a la madre (vestida como en una época pretérita) y a Ismael de pequeño, en una playa inmensamente blanca...*

+

... Ruidos de maquinas de cuidados intensivos, de la imagen idílica de la secuencia anterior, pasamos a la blancura gélida de un hospital. Contrapicado donde vemos a Ismael tumbado sobre una camilla, rodeado de

aparatos, tubos y algunos enseres propios de una sala de operaciones, aunque de manera indefinida, casi anecdótica. La cámara nos muestra de nuevo los ojos del chico, que se agitan bajo los párpados como si hirvieran tras ellos los recuerdos o se sostuviera en torno a ellos una cruel batalla...

+

...El joven abre inesperadamente los ojos y en un giro vertiginoso la cámara nos sumerge nuevamente en ellos hasta devolvernos a la secuencia de la levanta de la almadraba. Esta vez, la matanza nos parecerá ralentizada. Los bicheros golpearán las aguas agitadas, pero la sangre de los tñidos será casi del color del mercurio o de la plata líquida, dándonos la sensación de estar ante una escena en la que todo es demasiado blanco o demasiado irreal. De improviso, la matanza cesa, las redes descienden nuevamente y el mar agitado por los atunes se calma lentamente hasta desaparecer de la superficie cualquier señal de dolor o de movimiento. El copo ha dejado paso a un mar tranquilo y claro, bajo cuyas aguas nada libremente nuestro delfín protagonista. Se oyen risas de bebés... Tras el delfín, aparecen nadando otros tantos delfines... Aumentan las risas de los niños, que se confunden con los típicos sonidos que hacen los delfines. La cámara sigue a los tñidos desde el aire, se sumerge con ellos en un peculiar trayecto de vuelo libre y nos descubre nadando bajo la superficie a unos bebés desnudos y sonrientes en lugar de a los delfines que veíamos un instante antes... Luego, la cámara emerge y prosigue su ruta por el aire hasta volver a ver a los delfines bajo el agua y confundirse por la estela brillante del Sol en mar abierto y el rugido lejano de unas olas...

+

Paulatinamente, el susurro de las olas va desapareciendo y confundiéndose con el llanto de felicidad de la madre, que abraza suavemente al hijo que vuelve poco a poco a la vida en la habitación de un hospital. Los ojos de Ismael se abren torpemente. Su madre le agarra la mano y le sonrío, visiblemente feliz y emocionada. A su lado, la hermana también acaricia el brazo del convaleciente y llora. Ismael las reconoce y sonrío. Incluso es posible que de sus ojos caiga también una lágrima de mar salada, testigo de sus últimos días al borde de la muerte y la tragedia. Quizás por ello el joven no alcance a ver a su padre que observa la resurrección del vástago desde la puerta de la habitación igual de emocionado y en silencio.

+

Una vez seguro de que el hijo ha salido de peligro, Cristóbal se gira y avanza por el pasillo del hospital, cariacontecido, dejando atrás la habitación y parte de sus remordimientos. Mientras lo vemos caminar lentamente por el hospital, vemos a otros personajes que están en la sala de espera (Juaqui, Enrique, la Guardia Civil, otros marineros... Incluso se cruza con Verónica

que llega al hospital a toda velocidad. Ambos se miran un instante, pero cada uno sigue su camino sin detenerse), pero lo único que oímos es la voz en off de Cristóbal leyendo una carta escrita y lo único que vemos es su imagen caminar con la mirada perdida como en cámara lenta por las calles del pueblo, sin oír ni mirar nada ni a nadie... Así, lo que oiremos será su voz mientras lo que vemos es como camina, deposita la carta en un buzón de correos, entra en su casa, mira un rato las jaulas de sus pájaros, los libera acto seguido y contempla cómo las aves vuelan por el aire. A continuación abre el armario del patio, saca la escopeta, la carga y se dirige hacia el bar donde le vimos en una de las anteriores secuencias...

VOZ CRISTÓBAL OFF:

Al Sargento de la Guardia Civil de Conil de la Frontera. Mi nombre es Cristóbal Jiménez Fernández. Nací en Zabara de los Atunes, provincia de Cádiz, hace 63 años y desde que tengo uso de razón he sido almadrabero. Matando atunes de trescientos o cuatrocientos kilos me he hecho hombre y ese ha sido mi único oficio. Todo lo que he hecho ha sido para sacar adelante a mi mujer y a mis tres hijos y, por desgracia, nunca hemos dejado de ser pobres. Me he dejado las manos y la vida entre las redes, copejando con el garfio para mal vivir alguna que otra temporada y siempre dependiendo del capricho de la mar y de los intereses de los patrones. Mi mujer ha pasado tantos años también en la fábrica de conservas que ninguno de los dos podemos quitarnos de encima el olor del pescado, aunque nos lavemos todos los días con los mejores jabones. He visto tanta sangre a mis años que la muerte no me asusta. A lo único que le he tenido miedo toda mi vida es al hambre y a que mis hijos no tuvieran comida que llevarse a la boca, y por eso he trabajado todos los días de mi vida hasta destrozarme, he callado cosas que no podía decir para no perder el salario y he obedecido sin rechistar aunque me parecieran injustas las órdenes de unos patrones que no miraban nada más que sus intereses y los intereses de los buques factoría y las exigencias de los jefes de cocina japoneses. Y todo sin quejarme nunca para que no me echaran a la calle, por que no sé hacer otra casa más que gritar “¡fondo!”, soltar las bozas y dejar caer las anclas con las redes de la almadraba. Ese ha sido mi oficio y mi condena: teñir el mar de sangre. Hasta que, en mala hora, ciego como estaba por mi locura en hacer lo que debía y lo que me ordenaban, hoy se me cruzaron los cables y por salvar la pesca para los bolsillos de los patrones le he arreado a mi propio hijo con el bichero en la espalda y a punto he estado de matarle. Gracias a Dios, el Señor no ha permitido que esa desgracia se acarreara sobre mis espaldas y la de mi familia, pero yo no puedo ni podré nunca perdonármelo. Sobre todo por que, de haberlo matado, habría sido el segundo hijo que perdiera y yo un asesino por permitirlo y por callarlo. Por que, aunque no puedo aportar pruebas, yo acuso a Fernando Huidobro Torrent y a sus compinches japoneses de haber manipulado el equipo de submarinismo de mi hijo Francisco Jiménez para asesinarlo y evitar que denunciara los acuerdos ilegales que el patrón de Huidobro & Cia mantenía con otras empresas y los cuantiosos beneficios ilegítimos que obtenía con los mismos y de lo cual yo soy testigo y en parte responsable, tal y como podrá comprobarse en los documentos que le adjunto.

Por todo ello yo, Cristóbal Jiménez Fernández, con documento Nacional de identidad número 31 331 542 y con pleno dominio de mis facultades mentales, me declaro

culpable por haber sido cómplice del asesinato de mi hijo Francisco y no tener agallas para denunciarlo, me declaro culpable de haber intentado matar a mi hijo Ismael en un arrebato de furia incontrolada y de no arrepentirme hasta que no le he visto abrir los ojos y me declaro culpable de haberme tomado la justicia por mi mano por que ya no he tenido otra forma de encontrarla...

En ese instante, Cristóbal entra en el bar y sin mediar palabra, encañona al patrón con la escopeta y le dispara, al igual que hace con dos de sus lacayos japoneses, provocándoles la muerte en el acto. El camarero y algunos de los demás parroquianos han presenciado la escena y se han quedado paralizados y sin habla. Cristóbal les mira, sonrío, vuelve a cargar el arma y se vuela la cabeza acabando en ese instante con su vida. Aún podemos seguir oyendo la voz de off de su carta mientras el cuerpo se desploma entre las mesas de la tasca...

VOZ CRISTÓBAL OFF:

Le pido perdón a Dios por mis actos y a su divina voluntad encomiendo la salvación de mi alma y la de los hombres cuyas vidas me llevo por delante. Le ruego a usía presente esta declaración donde sea conveniente, investigue los documentos que le añado y transmita a mi familia el cariño de este mal esposo y este mal padre que les quiso y que les quiere más de lo que me enseñaron a expresar con las palabras.

Atentamente,

Cristóbal Jiménez Fernández, capitán segundo del “Virgen de Zahara”.

+

Fundido en negro.

Aparece sobre la pantalla la leyenda “Dos años después”.

+

Conil, Zahara o cualquier otro pueblo del sur de la provincia de Cádiz. Ruidos de campanas de iglesia. Mañana de un domingo de verano. Por el pueblo se ven muchos coches cargados de turistas o gente que se encamina a las playas. La cámara nos lleva a la casa familiar de Ismael y lo que oímos ahora es su voz en off sobre las secuencias...

VOZ ISMAEL OFF:

Con el tiempo he aprendido a darle a las palabras sólo la importancia que merecen y, como mi padre, procuro utilizarlas sólo cuando son realmente necesarias y nunca para expresar con ellas cosas que no siento por dentro o puedo decir de otra manera. Con el tiempo he descubierto que me parezco a él mucho más de lo que creía e incluso de lo que quisiera...

Vemos el rostro de Ismael reflejado sobre el espejo del baño. Está terminando de peinarse. Ahora nos parecerá más maduro que en las secuencias anteriores, más hombre. Podrá lucir una cuidada perilla o el pelo más corto. Vemos cómo se busca en su reflejo. De fondo oímos voces de mujeres, alguna bocina que suena y el balbuceo entrecortado de un niño pequeño...

VOZ ISMAEL OFF:

De él aprendí muchas cosas, algunas buenas, algunas malas. Aprendí a perdonar lo imperdonable. Aprendí a tener paciencia. Aprendí a amar el silencio y aprendí que es más fácil comprender el mundo cuando se le ve desde la proa de un barco o cuando se le escucha desde las profundidades del océano que cuando se acuesta uno por las noches y piensa en el sentido de la vida.

Ismael atraviesa su cuarto. Mira las fotografías familiares, entre ellas las de su hermano o alguna de su padre.

VOZ ISMAEL OFF:

Y sobre todo aprendí a dejarme querer por el mar. Pero eso era algo que llevaba en la sangre ya desde antes de venir al mundo.

Ismael sale de la habitación y pasa a la cocina, donde está la madre -ya no de luto- haciendo café. Ismael la besa, luego acaricia la cabeza rubia de un niño pequeño y le dice alguna frase cariñosa. (El niño debe verse que es de padre extranjero). La hermana (también más madura) aparece en la cocina, arreglada de domingo. Coge al niño con algo de prisas y le coloca sobre un cochecito de bebé. “Venga, dile adiós a la abuela y al tito que nos vamos con papá a la playa”- Dice. Se oye la bocina de un coche en el exterior de la casa. Mientras volvemos a oír la voz en off de Ismael, que sonríe en silencio a su sobrino.

VOZ ISMAEL OFF:

Las cosas han cambiado mucho para nosotros desde que ocurrió lo de padre. Verónica se marchó a Japón. Nunca le he escrito. Nunca he recibido una carta o una simple llamada suya. Pienso mucho en ella y estoy seguro que ella también me recuerda. Cuando medito sobre el rencor o el perdón que mutuamente nos debemos, siempre acabo por pensar que en realidad no nos debemos nada. Echo de menos su olor y, a veces, cuando llevo a mi madre al cementerio para visitar la tumba del viejo y loco capitán, también dejo algunas flores sobre la tumba de su padre. Lo hago por ella, por que creo que a ella le gustaría poder hacerlo. Tengo entendido que en Japón hay unos bosques bellísimos, llenos de flores de tonalidades imposibles y fragancias maravillosas... Quizás viaje hasta allí algún día para llevar otras flores a otras tumbas y para aprender a pronunciar otras palabras que me ayuden a entender lo multiforme y sorprendente que es el Mundo... Sí, creo que bastará con unas flores...

Lucía, la hermana sale de la casa con el niño. Vemos que el padre que sale a recogerla y la está esperando en la puerta no es otro que el turista alemán que apareció en otra secuencia, aunque algo más calvo. El hombre saluda afectuosamente a la madre, que se ha asomado a la calle para despedir al nieto, pero cuando le da la espalda percibimos una mueca en su rostro de estar absolutamente harto. Detrás sale Ismael, que vuelve a besar a su madre y desaparece calle abajo. La madre ve cómo se van sus hijos y se queda unos segundos en la puerta, sola, hasta que vuelve a meterse en casa.

Volvemos a ver a Ismael caminando por la calle. Lleva pantalones cortos, playeras y camiseta.

VOZ ISMAEL OFF:

En el pueblo, tras la muerte de Don Fernando, la empresa se vino también a pique. Pasó varias auditorias y acabó siendo absorbida por otra más grande de Benidorm, pero los que quedaron formaron al final una cooperativa como la que yo les decía y están explotando su propia flota siguiendo un modelo de la Junta. Y otros... Otros se han marchado, o han vendido sus tierras a las inmobiliarias para que especulen con ellas o trabajan en cualquiera de los hoteles que ahora se levantan a lo largo y ancho de la costa...

Ismael llega hasta el muelle, donde saluda a un grupo de antiguos compañeros. Entre ellos, destaca mejor vestido que los demás, Vicente, que le da la mano con simpatía.

VOZ ISMAEL OFF:

Vicente es ahora el patrón de la cooperativa. ¿Quién iba a decirlo? Se han afiliado a un sindicato y han registrado su propia marca de enlatado de conservas ecológicas. Al menos creo que han reducido el número de capturas y la mayor parte de los atunes que cogen lo manufacturan ellos mismos en la fábrica. Pero los buques factoría de los japoneses, sus redes de arrastre y sus palangres aún siguen capturando atunes y todo lo que se les ponga por delante sin ningún tipo de control y, en lo esencial, la situación apenas es distinta. Eso es lo bueno y lo malo del mar, que no tiene fronteras, ni leyes, ni abogados que le defiendan...

Ismael en el puerto, junto a un grupo numeroso de turistas, casi todos extranjeros. Entre ellos —por parecer uno de ellos— está el Juaqui, como siempre, con su peculiar forma de ser, explicándole en un inglés o un alemán absolutamente “personal” a los turistas que el barco va a atracar en unos minutos y las tarifas para alquilar los equipos de buceo. Hay un cartel grande que avisa “Avistamiento de Cetáceos. Embarque aquí” en varios idiomas y con varias banderas.

Ismael le saluda cordialmente. Luego se sitúa al borde del muelle y observa la llegada de un barco de pasajeros de tamaño medio que se aproxima a tierra cargado de turistas.

VOZ ISMAEL OFF:

Y precisamente por eso me gusta. Por que el mar es como tierra de nadie y en él somos solo como cosas que flotan. No nos necesita. No necesita nuestros vertidos, ni nuestras almadrabas, ni nuestra moral, ni nuestros poemas. Se basta a sí mismo para destruirse y nacer de nuevo. Es la última frontera y lo único que cada día intento es tratar que siga lo más intacta posible. En cierto modo, enseñar sus fondos y las maravillosas criaturas que lo habitan a los turistas es una buena forma de explicarles lo importante que es para ellas – para todos nosotros- que no sigamos destruyendo ni masacrando sus tesoros. Es una utopía como cualquier otra, lo sé, pero a mí me conforta y nos permite vivir de una forma honrada.

El barco llega a tierra. Los miembros de la tripulación echan amarras. Por el puente se asoma Enrique, vestido con gorra marinera, y saluda a Ismael, que le corresponde con un guiño, mientras ayuda a los tripulantes a sujetar el portalón que deja salir a los turistas del viaje anterior y permite la entrada a los del siguiente.

- ¡Hemos visto orcas! - Grita Enrique.- ¡Ya verás las fotos que ha tomado la bióloga!

Ismael asiente. Espera a que suban los turistas y luego sube él la pasarela hasta alcanzar el puente. Seguimos oyendo su voz en off.

VOZ ISMAEL OFF:

Hemos aprendido a hacer del mar una habitación más de nuestra casa, pero somos conscientes de que aquí sólo estamos como invitados. Hay días que el océano no nos quiere, que no nos deja ver sus secretos y todo en él se vuelve sombra. Hay días, simplemente, en que nos dejamos llevar y esperamos. Esperamos a que nos abra libremente su corazón salado y nos permita mecernos a su antojo. Nos gusta su complicidad, su silencio. Nos gusta acariciar su piel de cristal y, tras las ondas que forman nuestros dedos, ver la verdad de lo que somos, de lo que fuimos y de lo que, si él quiere, quizás alguna vez seremos.

Rosa (la que fuera novia de Paco y ahora bióloga del barco) le enseña a Ismael las fotos, que se muestra encantado y dispuesto a salir nuevamente a altamar. Enrique hace sonar la sirena, la tripulación retira amarras y levanta la plancha. La embarcación parte del muelle en dirección a mar abierto. Una vez allí, aminora la velocidad. Ismael se viste con su traje de buzo y baja a cubierta a reunirse con los turistas que han decidido sumergirse. Juaqui está ayudándoles a colocarse los trajes. El joven se asoma por la cubierta, algo serio. Se agacha, alarga el brazo y agita la palma de la mano casi ritualmente en la superficie. Al cabo de unos segundos, a babor, el lomo de nuestro delfín se asoma junto al casco, jugueteando con las ondas que el barco causa sobre la superficie cristalina del agua. Ismael sonríe y mira con complicidad hacia Enrique. Seguimos oyendo su voz.

VOZ ISMAEL OFF:

Pero hay días en que el mar te ama y tiene siempre hermosas maneras de decírtelo. Sin palabras, en silencio, a lo sumo con un rumor que retumba dentro de tus oídos y que suena a interior de caracola. Son esos días únicos, como hoy, en que te sumerges y el océano se te ciñe al cuerpo como un vestido permeable. Y, entonces, entre tu corazón y el mundo solo existe una finísima piel de agua que los une a la vez que los separa...

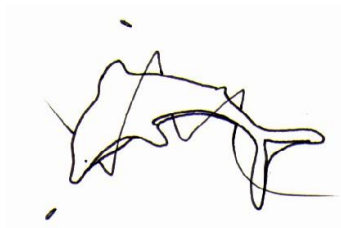
Ismael, sonriente, se gira hacia los turistas y escupe sobre el cristal de sus gafas de buzo.

- En nombre del capitán Enrique Crespo y de toda la tripulación del “Virgen de Zabara Segundo” les doy la bienvenida.— Saluda, verdaderamente satisfecho.— Me llamo Ismael y, si me lo permiten, hoy les voy a presentar a un buen amigo. — Ríe.— En realidad, ya sea dentro o fuera del agua, después de mi capitán es el mejor amigo que tengo...

Enrique reniega, sonriente. Ismael se sumerge. Tras unos segundos, emerge y tras él, en ese instante, el delfín... nuestro delfín... salta por encima de la popa del barco y uno de los turistas toma una fotografía que lo inmortaliza volando sobre la cabeza de Ismael, que le observa adentrarse y salir en libertad desde ambos lados de la piel del agua.

Y esa imagen fija debe ser el último fotograma de esta historia.

FIN, FUNDIDO A AZUL MARINO Y MAR EN CALMA.



*Juan García Larrondo
Villa Milagrosa, El Puerto
Marzo de 2005.*

jglarrondo@hotmail.com
<http://elandreion.blogspot.com.es/>